

PUNTO
ROJO

RELOJ MORTAL

Curtis Garland



SOLO MAYORES DE **18** AÑOS

Si, era una bonita oficina para mi trabajo. Y un bonito letrero en el cristal. Imaginé que ni el gran Philip Marlowe, Sam Spade o Donald Lam y Bertha Cool habrían tenido más hermoso despacho que el mío, caso de haber existido realmente alguno de ellos, fuera de las páginas de un libro.

Ahora, sólo faltaba un pequeño detalle para completar el cuadro: los clientes.



Curtis Garland

Reloj mortal

Bolsilibros - Punto rojo - 957

ePub r1.0

Lds 21.08.18

Título original: *Reloj mortal*

Curtis Garland, 1980

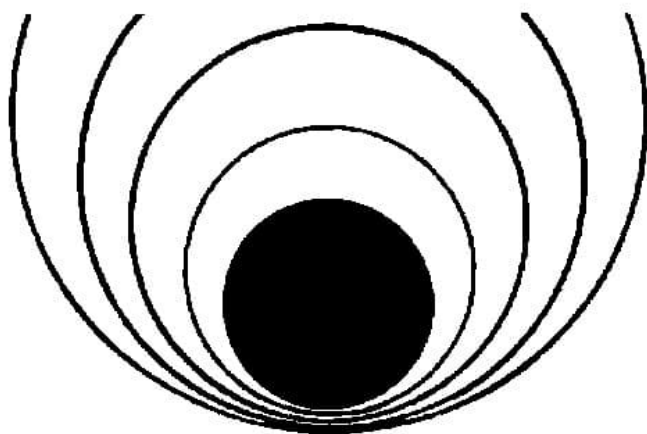
Colección PUNTO ROJO n.º 30. Ediciones B – 1992

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





PUNTO ROJO

CAPÍTULO PRIMERO

Había quedado bastante bien.

Letras doradas sobre el vidrio escarchado, la madera recién barnizada, todavía con el olor a pintura flotando en el ambiente de la oficina.

Contemplé el rótulo casi orgullosamente:

MAXWELL MORAN

DETECTIVE PRIVADO

Oficinas de 10 a 3

Si, era una bonita oficina para mi trabajo. Y un bonito letrero en el cristal. Imaginé que ni el gran Philip Marlowe, Sam Spade o Donald Lam y Bertha Cool habrían tenido más hermoso despacho que el mío, caso de haber existido realmente alguno de ellos, fuera de las páginas de un libro^[1].

Ahora, sólo faltaba un pequeño detalle para completar el cuadro: los clientes.

Eso era lo más difícil de todo, porque cualquier negocio sin clientela, es como una piscina sin agua o un coche sin gasolina, No se puede utilizar nada, mientras no se ingrese el dinero del cliente y se tenga un trabajo.

Había puesto unos anuncios, mis reservas de fondos no daban para mucho más, en los principales diarios de Los Angeles, esperando que ello diese algún resultado a corto o largo plazo, pero sabía que, de no surgir clientes en breve, no podría sostener por mucho tiempo esas inserciones en las páginas de anuncios por

palabras de la Prensa local.

Ahora, todo se reducía a esperar.

Entré en la flamante oficina, contemplé la mesa con la máquina de escribir en la reducida antesala, preguntándome qué diablos diría a mis clientes, si éstos llegaban a existir, pretextando la ausencia de una secretaria o mecanógrafa que recibiese a las visitas y me ayudara en la tarea. No disponía de dinero suficiente para permitirme el lujo de contratar a una chica en estos momentos.

—Ya se me ocurrirá algo —pensé, encogiéndome de hombros y pasando a la oficina propiamente dicha, donde yo debía recibir a mis futuros clientes.

Un despacho no muy grande pero acogedor, muebles viejos y cuidados, con una capa de barniz reciente que les daba un aire aceptable, cortinas limpias en la única ventana, asomada a Wilshire, y una mesita adicional con otra máquina de escribir, más un archivador metálico y la lámpara de flexo sobre la mesa, aparte la otra luz del techo.

Me senté tras la mesa, desperdigando sobre ella documentos que no servían para nada, junto a correspondencia que, en su mayor parte, eran folletos de propaganda, facturas y cosas por el estilo. Pero una mesa desordenada y llena de papeles, siempre da impresión de actividad a los clientes ingenuos. Dios quisiera que los que me tocaran en suerte inicialmente fuesen de esa condición.

Confieso que me llevé mi primera gran sorpresa apenas encendí un cigarrillo y me serví un vaso de scotch para animarme un poco en mi nueva tarea de detective privado, apenas obtenida la adecuada licencia por parte de las autoridades de la ciudad.

Sonó el timbre de la puerta. Dos veces.

Me incorporé, intrigado, guardando presuroso en un cajón el frasco-petaca y tragándome de golpe el vaso de *whisky* escocés, para guardarlo también, ya vacío. La llamada se repitió.

Sin duda sería alguno de los pintores, un acreedor o un repartidor de propaganda. Cualquier cosa menos un cliente, por supuesto. Me incorpore de mala gana y crucé los dos despachos. Una sombra era visible borrosamente tras el vidrio esmerilado del rectángulo de la puerta.

Si venían a cobrar algo, iban listos. Todo mi capital, en este momento, eran un puñado de billetes de dólar en mis bolsillos. Y un

montón de deudas.

Abrí la puerta.

El hombre permanecía en pie ante ella. Le sorprendí cuando iba a pulsar de nuevo el timbre. Se quedó mirándome. Y yo a él.

—Buenos días —saludó—. ¿Señor Moran?

—Yo mismo —asentí. Hice un gesto a la antesala vacía—. Lo siento. Mi secretaria ha salido un momento, por eso me demoré en abrir, señor...

—Loomish —dijo, tendiéndome una tarjeta de visita. Dustin Loomish, señor Moran. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto, me hice a un lado tras echar una ojeada a la tarjeta, impresa en relieve sobre excelente cartulina. Figuraba su nombre y una dirección en Nob Hill. Evidentemente, no era un don nadie, aunque su tarjeta no especificase su profesión. —Pase, por favor. A mi despacho. Espero que la señorita Smithy llegue pronto...

—Es igual —replicó—. Es a usted a quien deseo ver, no a ninguna otra persona.

Le hice pasar a mi despacho. Se acomodó, a invitación mía, en la butaca situada frente a mi mesa. La luz le daba en el rostro, procedente de la ventana a espaldas mis. Era una pequeña argucia para poder examinar a placer a mis visitas, sin que ellas pudieran examinar mi rostro con excesiva facilidad.

—Bien, señor Loomish, usted dirá —comencé, dejando la tarjeta sobre mi mesa—. Espero me diga a que he venido. Es el primer cliente en mi nueva oficina... suponiendo que sea usted un cliente, claro está.

No añadí que no sólo era mi nueva oficina, sirio la primera que tenía, y el primer día que ejercía como profesional. El no pareció interesarse tampoco por más detalles.

Se limitó a inclinarse ligeramente hacia mí y afirmar sin rodeos:

—Sí, soy un cliente, señor Moran.

—Bien. En ese caso, estoy a su entera disposición —fingí ordenar un poco los papeles de mi mesa—. Disculpe, pero siempre hay cierto desorden cuando se tiene demasiado trabajo.

No comentó nada, y me pregunté si se creía una sola palabra de cuanto yo estaba diciendo.

Metió la mano en su bolsillo interior de la chaqueta, y extrajo

algo que puso sobre mi mesa. Me dejó sin respiración.

Era un fajo de billetes sacados del Banco, y todavía con la faja de papel impreso. Había unos cien billetes, nuevos y crujientes, sujetos por la faja.

Pero con la particularidad de que eran billetes de cien dólares.

—Aquí hay diez mil dólares, señor Moran —dijo escuetamente. Es todo cuanto poseo en estos momentos.

—Ya —miré pensativo el dinero, estudié su rostro, anguloso y pálido, bajo los ralos cabellos ligeramente canosos, que alguna vez habían sido rubios totalmente. Luego volví a fijar la mirada en los billetes y golpeé con suavidad mi mentón con el bolígrafo dorado que llevaba incorporado un reloj digital luminoso de pequeñas cifras rojas—. ¿No es algo arriesgado llevar encima una suma así?

—Quizá. —Sonrió extrañamente, encogiéndose de hombros—. Los riesgos no me preocupan demasiado, señor Moran. He venido a entregarle ese dinero a cambio de sus servicios.

—Un momento, señor Loomish —le interrumpí—. Mis honorarios son ciento cincuenta dólares diarios, más los gastos. Esa suma cubriría cincuenta días de tarea ininterrumpida. Demasiados días para un trabajo habitual, ¿no cree?

—Es que su trabajo no será el habitual. No tendrá nada de vulgar ni rutinario, señor Moran. Por eso le hago una oferta especial también. Diez mil dólares... a cambio de un trabajo intensivo que durará solamente veinticuatro horas.

—¿Veinticuatro horas? Exclamé, perplejo. —Le sobra con dejar dos billetes aquí y llevarse los otros noventa y ocho, señor Moran...

—Espere un momento —me interrumpió, agitando una mano con cierta impaciencia—. Le he elegido a usted por puro azar, entre más de cien anuncios por palabras del Tribune. No quisiera haberme equivocado de hombre, señor Moran.

—¿Por qué me eligió precisamente a mí, entre más de cien detectives privados? —me interesé.

—Por simple azar, ya le dije —sonrió algo forzado—. Vertí una gota de tinta de mi estilográfica sobre la página de anuncios. Cayó en el suyo. Y aquí estoy.

No era un medio muy halagador de llegar hasta mí. Pero los diez mil dólares si lo eran. Aunque yo tengo mi ética y no iba a admitir esa suma por simple capricho.

—Está bien. Quizá el azar le jugó una mala pasada, o quizá no. ¿Por qué se empeña en ofrecirme más dinero del que yo cobro en mis tarifas? ¿Hay que hacer algo ilegal acaso?

—No, no. Nada de eso —rió irónicamente. Todo será perfectamente legal. Necesito un detective privado. Usted puede serlo, tan bien como cualquier otro. Sólo espero que se capaz de resolver el caso en veinticuatro horas.

—Es muy poco tiempo hasta para encontrar pruebas del adulterio de una esposa, señor Loomish.

—Yo no estoy casado —me interrumpió—. Lo estuve, pero ya no. Nos separamos. No me preocupa mujer alguna.

No vine a encargarle la investigación de un asunto vulgar y sórdido.

—¿Qué, entonces?

—Un asesinato, señor Moran.

Casi di un respingo. Me quedé mirándole con mi mandíbula colgando.

Asesinato.

Eso eran palabras mayores. Especialmente para un investigador novato.

—Lo siento —negué con la cabeza lentamente—. No puedo ocuparme de algo así. No lo tenemos autorizado. Sólo los detectives del cine o la televisión aceptan homicidios. Yo, no. Para eso está la policía.

—Ya he ido a la policía. No me sirve de nada. Ellos no podrán resolverlo todo en veinticuatro horas.

—Pues yo tampoco, señor Loomish —corté fríamente, empezando a incorporarme y empujando hacia él su fajo de billetes, con harto dolor de mi corazón—. Creo que es todo.

Lo que teníamos que hablar. Créame que lo siento, pero...

—Escuche, y no sea necio —se irritó aparentemente, sin moverse de la butaca, y alargó una mano delgada, huesuda, de dedos bien manicurados, que golpearon la mesa con impaciencia, sin hacer el menor ademán de recoger el dinero—. No sólo le pagaré con esos diez mil dólares en efectivo que acabo de sacar de mi cuenta bancaria. Hay para usted, si resuelve el caso en veinticuatro horas exactas, una segunda suma a percibir: otros quince mil dólares, que completan mi oferta total por sus servicios en un solo día:

veinticinco mil dólares por resolver el caso.

—Demasiado dinero —resoplé, sin saber si estaba ante un loco o un simple extravagante—. Cada vez me lo pone peor, señor Loomish. No puedo aceptar. Ya le dije que un investigador privado no puede hacerse cargo de un caso por asesinato. Nos está vedado por la ley.

—Éste es un asesinato muy peculiar, señor Moran. La policía no puede hacerse cargo del asunto por una razón muy sencilla: el crimen aún *no* se ha cometido.

Le estudié, realmente preocupado. Empezaba a estar seguro de que aquel tipo no funcionaba bien. ¡Cielos, vaya primer cliente que me llovía del cielo! Era como para asustarse.

—¿Quiere explicarme eso? —le pedí con desconfianza.

—Es muy sencillo —sonrió—. El crimen se habrá cometido dentro de veinticuatro horas, exactamente. Es el plazo que tiene para descubrir al criminal. Para eso le contrato: sólo un nombre. Luego, entregue al criminal a la policía, y recibirá esa segunda suma prometida. Todo está perfectamente arreglado para que sea así. Si fracasa y no encuentra al criminal, sólo habrá percibido estos diez mil iniciales.

—Y usted se habrá quedado sin dinero. No, señor Loomish. No me gusta su oferta. Vaya a otro detective. Los hay que aceptarían seguir al diablo durante una semana entera, por la mitad de esa suma.

—Para dentro de veinticuatro horas, yo no necesitaré ya ningún dinero —sonrió con extraña expresión—. El lugar adonde entonces me dirigiré, no necesita dinero alguno. Allí no tiene ningún valor.

Lo dicho. El tipo estaba chiflado, sin duda. Me pregunté si sería peligroso, y decidí, por el momento, llevarle la corriente.

—¿Qué lugar es ése, señor Loomish? —quise saber.

El me miró con aquella rara expresión suya, y divagó, sin responderme directamente:

—Señor Moran, un hombre va a morir dentro de veinticuatro horas exactamente. Es un asesinato fríamente calculado. Y nadie sabe por qué ni quién lo llevará a cabo. Sólo quiero que investigue *antes* de que ese hombre muera. Y que me de el nombre del asesino dentro de las veinticuatro horas señaladas. Sólo eso. No tendrá que quebrantar ninguna ley ni enfrentarse a la policía, porque ésta,

mientras el delito no se haya llevado a cabo, no puede intervenir oficialmente en el caso.

—Me gustaría estar seguro de eso, créame. ¿Cómo puede saber usted que se cometerá ese crimen en ese plazo exacto?

—Porque el crimen ya empezó a llevarse a cabo, señor Moran —suspiró él, echándose atrás en su asiento—. Soy la persona que mejor puede saberlo. ¿Quiere que le diga por qué?

—Sí, por favor. ¿Por qué?

—Porque la víctima... Soy yo.

CAPÍTULO II

No. No estaba loco.

Acababa de comprobarlo al echar una ojeada al documento que había puesto sobre mi mesa. Era un impreso oficial médico, con el membrete de un conocido hospital de la ciudad. Lo firmaba un doctor encargado del Departamento de Toxicología del centro clínico.

Resultaba escalofriante. Miré a mi visitante, sintiendo que un sudor helado y pegajoso mojaba mis manos y mis sienes y pegaba mi camisa al torso.

—Veneno... —murmuré.

—Eso es. Veneno lento.

—Sin antídoto conocido...

—Ninguno. Un virus tropical, sin duda. Es lo que dice ahí. Un tóxico desconocido, que se incuba en pocas horas y actúa lentamente sobre el organismo. A las treinta horas, sobreviene la muerte por parálisis paulatina y paro cardíaco. Terrible, ¿no?

—Espantoso —le miré, estremecido, empezando a comprender el motivo de su rara palidez y tensión—. ¿No puede hacerse nada?

—Nada en absoluto. Ya ve lo que dice ahí: internamiento inmediato en el centro médico, y tratamiento intensivo. Pero estéril todo, a menos que surja un milagro. Y ésta ya no es época de milagros, señor Moran. Noto que la dolencia progresa muy despacio. Pero progresa. Tengo exactamente un día por delante para morir. Hace seis horas, según los médicos, que me fue inoculado el mal.

—¿No sabe en qué forma?

—No, no lo sé.

—Pudo ser simple accidente, no un asesinato... —sugerí.

—NO. Fue un asesinato.

—¿Cómo ésta tan seguro?

—Mire —se alzó la manga y mostró su brazo. Vi una mancha roja, en torno a una punta oscura, sobre su antebrazo, justo encima de la vena. También tenía arañazos.

—Ya veo.

¿Qué' es?

¿La huella de una inyección?

—Exacto. El médico la examinó. Es un inyectable Tal vez me inocularon por vía venosa el tóxico.

—¿Cómo le dejaron marchar del hospital?

—Escapé —sonrió duramente—. Prefiero morir en la calle, luchando.

—¿Contra quién?

—No lo sé. Por eso estoy aquí. Saqué mi dinero y se lo he traído. Cuando muera, no necesitaré un solo centavo.

—Habló usted de otros quince mil dólares...

—Es mi seguro de vida. Un seguro muy caro. Incluye el riesgo de asesinato, aunque naturalmente nunca podré ser beneficiario del seguro mi asesino. Sus beneficiarios son dos: mi ex esposa y usted, señor Moran.

—¿Yo? —Me erguí, desconcertado.

—Añadí esa cláusula hace un par de horas —sonrió, golpeándose un bolsillo—. Llevo aquí la póliza alterada. Usted cobrará esos quince mil del seguro, si encuentra al asesino. Sólo entonces, ¿comprende? Tiene que hallar al criminal que me envenenó, antes de que yo muera. Quiero llevarme esa última satisfacción a la tumba. Saber que mi asesino paga por ello, señor Moran.

—Entiendo —me pasé una mano por la garganta. Notaba la boca seca y una rara sensación de estopa en mis amígdalas—I ¿Y su ex esposa? Ella podría ser culpable...

—En ese caso, quedaría fuera de ese seguro, naturalmente. El dinero de ella pasaría a obras de beneficencia; todo está previsto. Si es inocente de todo, como imagino, y usted fracasa, ella cobrará la totalidad del seguro: cincuenta mil dólares.

—Usted ha dicho que hace seis horas que ocurrió...

—Aproximadamente. Los médicos no se equivocan en el cálculo,

según dijeron. Conocen la naturaleza del veneno utilizado. Puede ser un cultivo de un virus tropical, como le dije. O un producto químico de iguales características. Ambos actúan por vía venosa. Pero son tremendamente lentos.

—¿Dónde estaba usted hace seis horas?

—Esperaba esa pregunta —sonrió, asintiendo—. Son ahora las once de la mañana De modo que me envenenaron alrededor de las cinco de la madrugada.

—Extraña hora para tal cosa. ¿Dormía usted entonces?

—No. No dormía.

—Aún lo entiendo menos. ¿No notó nada?

—Nada en absoluto. Ni siquiera el pinchazo.

—Es raro, ¿no cree? Tuvieron que atravesarle la chaqueta, la camisa... y la piel, claro está.

—No, no necesitaron tanto esfuerzo ni trabajo —rechazó vivamente—. Pudieron inyectarme con toda facilidad. Yo estaba virtualmente desnudo.

—¿Desnudo? —

Enarqué' las

cejas—. ¿Quiere explicarme eso, señor Loomish?

—Claro. Todo sucedió en cierto momento muy particular. No era fácil que advirtiese nada, se lo aseguro. Y eso, lo sabía muy bien el asesino cuando eligió su momento y el lugar adecuado para llevar a cabo su criminal acción.

—Me gustaría conocer los detalles, sin olvidar ninguno —comenté—. Si he de aceptar su caso, señor Loomish, debo estar al tanto, especialmente, de las circunstancias que rodearon ese instante decisivo.

—Las va a conocer enseguida—meneó la cabeza, pesaroso. Pero no se haga demasiadas ilusiones. Si fuese fácil sacar conclusiones de ello, yo no estaría ahora aquí, sino buscando al asesino por mis propios medios.

—No me hago ilusiones. Espero, simplemente, conocer detalles —y tomé un bloc para empezar a anotar lo que él me contara—. Adelante, señor Loomish, por favor.

El carraspeó ligeramente, tomando un respiro para ordenar sin duda sus pensamientos y recuerdos.

Noté' un

vago aire de flojedad en él, por vez primera desde que pisó mi oficina. Se secó el sudor del rostro con un pañuelo de fino hilo, bordado con las iniciales D.

L. Bajo

su ojo izquierdo, hubo un leve tic que pasó pronto. Tal vez eran sus nervios en tensión. O indicios de la lenta acción del extraño veneno administrado a aquel hombre que, virtualmente, era un cadáver en pie, con las horas contadas de modo alucinante. Con un reloj mortal flotando invisible sobre él, y sobre mi propia actividad futura.

Y estas cosas tenían que ocurrirme precisamente a mí. Mi primer cliente. Mi primer caso, Un asesinato que aún no se había cometido totalmente. Un asesino que no tenía prisa en acabar con su víctima. Un veneno implacable, sin antídoto conocido.

Y un cliente ya medio muerto. Un asesinado como primer cliente. Increíble.

—Bien, Moran —comenzó al fin—. Esta pasada madrugada tuve muchas cosas que hacer. En realidad, comencé ya a primeras horas de la noche con todo ello. Pero esas primeras horas tienen escasa importancia a mi juicio. Lo cierto es que la tragedia se inició para mí exactamente a las tres de la madrugada. Cuando conocí a Karin West.

—¿Karin West? ¿Quién es ella?

—Una mujer a quien conocí justamente anoche. La más hermosa que había visto en toda mi vida, Moran. Y le aseguro que he conocido a mujeres muy bellas y seductoras a lo largo de los años.

—¿Cree que ella está relacionada con lo que le sucede?

—La verdad es que no lo sé. Son muchas las cosas que ignoro, y ésa es una de ellas, amigo mío. No he venido aquí a proporcionarle datos concretos ni precisos. De otro modo, no necesitaría un detective privado, sino un vulgar agente de policía que arrestase a la persona culpable. Por desgracia, ése no es el hecho. No sé quien me ha asesinado. No sé quién provocó todo este horror que va a terminar con mi vida a plazo fijo. Sólo sé lo que sucedió durante la noche, la serie de acontecimientos que me llevaron, inexorablemente, al desastre. Y eso es lo único que puedo contarle. Lo demás, es ya cosa suya.

—Está bien. En tal caso, empiece. La escucharé sin interrumpirle, salvo para alguna pregunta absolutamente

imprescindible, señor Loomish —suspíré, echándome atrás en el asiento, y disponiéndome a escuchar su relato de aquella trágica noche.

Mi cliente echó una mirada imprecisa a su reloj. Era como instintivo, aunque no le preocupara ya en exceso la hora exacta en que se hallaba. Aquel reloj le obsesionaba. Sabía que cada giro de aquellas agujas le iba aproximando de modo implacable a un final que nadie podía evitar.

A pesar de lo que pudiese pasar por su mente, su voz sonó serena cuando empezó el relato de la noche anterior, sin prisas que hicieran confusas sus explicaciones:

—Conocí a Karin West cuando me disponía a celebrar por todo lo alto el reciente éxito comercial alcanzado. A las dos en punto de la madrugada concluía en un restaurante lujoso de la costa la operación que me había llevado meses enteros preparar de forma minuciosa. La verdad es que había muchos competidores dispuestos a pisarme el terreno, pero les gané a todos brillantemente. La firma del convenio que conseguí anoche, con una multinacional, supone millones para la firma que yo represento. Muchos iban tras ello, pero fui yo quien triunfó en el empeño. La verdad es que la suerte me acompañó en eso, porque de no tener una vieja amistad con el delegado general de la multinacional para California, quizá ellos hubieran elegido a otro en iguales condiciones que las mías, e incluso más favorables si cabe. Pero Frank Steeger había luchado junto a mí en Vietnam, y eso fue decisivo para la firma del contrato. Conseguido esto, me apresuré' a

llamar a mi socio principal, Mickey Corvin, para darle la buena nueva, ya que nuestra pequeña empresa, subsidiaria de la que representamos de cara a ese convenio, obtiene gracias a él una fuerza insospechada hasta ahora. Pero Mickey no estaba en casa, y dejé grabado el mensaje en su contestador automático, disponiéndome luego a celebrar por todo lo alto mi victoria.

Para ello,
tomé' el

coche, tras despedirme de Steeger, y me dirigí al centro de la ciudad, por Hawthorne Avenue, ya que el restaurante donde nos habíamos reunido es uno situado en Redondo Beach. Fue entonces

cuando el azar, en forma de accidente automovilístico, me hizo conocer a Karin.

Suspiré, sin decir nada. A mi cliente parecía obsesionarle realmente Karin West. Todo parecía girar en torno de ella y no de su extraño envenenamiento. Pacientemente, aguardé a que él mismo me narrase lo sucedido y la forma real en que llegó a conocer a la tal Karin West.

—Lo primero que advertí fue la presencia del automóvil accidentado, a la altura de Lawndale, en la Cuatrocientas Cinco, que había tomado en su cruce con Hawthorne, para dirigirme directamente a Santa Mónica, donde tengo mi residencia. Había poca circulación a aquellas horas, ya que por ser noche de domingo a lunes, la mayoría de automovilistas estaban ya de regreso en sus casas, tras el largo fin de semana, y eso descongestionó las rutas que conducen al centro urbano. Tal vez por ello mismo, nadie había prestado la menor atención a aquel automóvil de color azul oscuro, difícil de advertir, hundido como estaba entre la espesura de la cuneta, en un punto tras una curva, donde habitualmente los coches aceleran su velocidad, sin fijarse en nada que no sea la propia carretera.

«—Rápidamente, frené mi coche, acercándolo a la cuneta, y bajé, corriendo al encuentro del automóvil, temiendo lo peor, dada la posición en que se hallaba, virtualmente sumergido entre montículos de tierra y hojarasca.

»—Los vidrios alfombraban el terreno, alrededor del coche, y alguien yacía en su interior, aparentemente inconsciente o sin vida, Confieso que me sentí aturdido, lleno de horror por la posibilidad de tener ante mí un cadáver, y más aún cuando utilicé mi linterna y descubrí que el único ocupante del coche accidentado era una mujer. Lo primero que descubrí, fueron unos muslos blanquísimos, con salpicaduras de sangre, y una cabeza pelirroja apoyada en el volante del coche, con los cabellos ocultándole el rostro. Un hilo de sangre corría desde su rostro, goteando en sus piernas, y temí que fuese una herida mortal.

»—Por fortuna para ella, era solamente una herida superficial en la mejilla, y de ésta goteaba su sangre lentamente. Tenía algunos golpes y moraduras en frente y mentón, pero el cinturón de seguridad había impedido que fuese a empotrarse fatalmente en el

volante del vehículo cuando se produjo el accidente.

Comprobé' que

respiraba pausadamente, aunque había perdido el conocimiento, y resolví sacarla de allí, sin esperar a más, puesto que en todo el tiempo no había pasado un solo automóvil por la carretera, ni en un sentido ni en otro.

»—Soy fuerte físicamente y ella, aunque poseedora de unos muslos extraordinariamente bien formados, unos senos espléndidos y unas nalgas de envidiable carnosidad, no pesaba tanto como podía parecer. La conduje a mi coche y, tras unos momentos de indecisión, la acomodé en el asiento trasero y partí a toda velocidad, en busca de un cercano centro sanitario donde pudiese ser atendida.

»—No tardé en encontrarlo. Afortunadamente, a sólo media milla de aquel lugar, se alza una clínica privada que lleva el nombre de su director, un tal doctor Melville, bien visible en una placa de bronce que hay sobre la puerta de su verja. Rápidamente, me atendieron él y una enfermera de servicio de noche, una tal señorita Dekker, según la oí llamar por el propio doctor Melville, mientras conducían a la muchacha desconocida a un quirófano, para su examen minucioso.

»—Fue entonces cuando la enfermera Dekker se me quedó mirando, sorprendida, y dijo con voz alarmada:

»—Por Dios, pero si usted también está herido... Venga, tenemos que curarle también.

—¿Yo, herido? —dudé, perplejo—. No, no, debe tratarse de un error. No me ocurre nada.

»—Ella se limitó a mostrarme mi propia imagen en un espejo. Asombrado, comprobé que tenía razón. Al sacar a la accidentada del coche, sin duda alguna, me había herido manos y cuello con los cristales de sus ventanillas rotas, y diversos arañazos ensangrentados surcaban mi piel. Uno de ellos, en especial, junto a mi lóbulo de la oreja derecha, aparecía cubierto de densa sangre coagulada, y volvió a sangrar apenas comenzó ella a limpiarme la herida.

»—Tiene que desvestirse —dijo con énfasis, mirándome con autoridad—. Creo que también se ha herido en el pecho, a juzgar por los cortes de su camisa.

»—Otra vez tenía razón la enfermera. Me ayudó con su fría eficiencia profesional a quitarme chaqueta, camisa y corbata, y, en efecto, aparecieron diversas heridas que, en mi precipitación por extraer a la desconocida del coche, ni siquiera había llegado a advertir.

»—Me lavó y desinfectó todos los cortes, aplicó algunos esparadrapos a los más profundos, que como verá aún se ven claramente en mi cuello y manos, y luego el propio doctor Melville apareció, examinando la labor de su enfermera, que aprobó complacido. Me puso una inyección para prevenir cualquier posible proceso infeccioso, y luego me informó de que, afortunadamente, la accidentada se encontraba ya muy recuperada, había vuelto en sí, y no sufría heridas serias de ningún tipo, salvo los naturales golpes recibidos, el superficial corte en su mejilla, y un fuerte *shock* nervioso causado por la impresión.

»—Eso era todo, y se había ocupado de llamar a la policía de tráfico para informarles de lo sucedido. Sin embargo, ignoraba a quien dirigirse con relación a la víctima, puesto que entre los documentos de ella no figuraba nombre alguno de familiar a quien llamar en momentos así.

»—Momentos después, me reunía con la mujer que encontrara en el coche accidentado. Resulta difícil describirla. Joven, seductora, de ojos verdes, muy profundos, boca carnosa, expresión entre dulce y pícara, elegancia en sus modales, en su modo de vestir, moderno pero sin estridencias, un ovalo de rostro perfecto, un cabello sedoso y ondulado, un cuerpo espléndido... En suma, una maravilla de mujer.

»—Me dijo su nombre: Karin West. Y su profesión: modelo. Había sufrido un desdichado accidente que en estos momentos debía de tener angustiado a su representante, Robin Nesbitt, puesto que tenía esa misma madrugada un compromiso ineludible: presentarse en una fiesta donde ella era la “estrella” principal, y de la cual dependía en gran parte su futuro, puesto que iba a conocer a un productor de gran categoría, dentro del mundo cinematográfico, decidido a ofrecerle el contrato de su vida.

»—¿Cree que podrá asistir a fiesta alguna en su actual estado, señorita West? —dudó en ese momento el doctor Melville, con gesto preocupado. Como médico, yo no se lo aconsejaría. Lo mejor que

puede hacer es retirarse a descansar, y olvidarse de todo hasta encontrarse perfectamente recuperada...

»—Estoy bien, doctor —fue su réplica inmediata—. Por nada del mundo puedo faltar a esa fiesta, créame. Me juego demasiado en ella para renunciar, créame. Ocasiones como ésta no se presentan cada día a una muchacha, ni siquiera en esta ciudad.

»—¿No tiene algún familiar a quien informarle de lo que le ha sucedido? —sugerí yo en ese momento.

»—No —negó ella—. Vivo sola en Los Angeles. Mi escasa familia vive muy lejos de aquí y nunca se preocuparon demasiado por mi persona, créame. Sólo tengo alguien en quien confiar plenamente: mi representante, Robin Nesbitt, el hombre que lo hizo todo por mí. ¿Puedo telefonarle ahora? Estará en la fiesta, y lleno de impaciencia por mi tardanza, estoy segura.

»—Claro —asintió el doctor Melville—. Use este mismo teléfono, señorita West. Pero insisto en que no debería ir a esa recepción.

»—Ella no le hizo caso. Hizo la llamada, habló un rato por teléfono con el tal Nesbitt, asegurándole que nada malo le sucedía y que estaría allí en menos de veinte minutos.

»—Colgó, y luego exhaló un suspiro, comentando:

»—Me olvidé de pedirle que viniese aquí a recogerme personalmente. Ahora tendré que volver a usar el teléfono para pedir un taxi...

»—No le hará falta, señorita West —me apresuré a ofrecerme caballerosamente—. Yo no tengo prisa ni nada especial que hacer a estas horas. Puedo llevarla en mi coche hasta el lugar adonde se dirige.

»—¿De veras? —Me miró con una dulzura y gratitud que casi me derribó—. Oh, es usted un hombre encantador. Primero me salva la vida, y ahora me quiere ayudar más todavía...

»—No creo que hiciese tanto —rechacé, sonriendo, sintiendo que me turbaba—. Me limité a traerla aquí, señorita West. Es todo.

»—Fue suficiente —terció el médico—. Si la señorita se hubiese quedado más tiempo en el coche, sin asistencia médica, todo pudo haberse complicado bastante más, señor Loomish.

»—Me halagó que hablaran así ante ella. Karin West salió de la clínica colgándose de mi brazo, y eso me resarcía de todas las posibles molestias que tan encantadora criatura pudiese

ocasionarme.

»—Lo cierto es que la llevé a una propiedad privada de Brentwood, donde se celebraba un party nocturno en torno a una piscina fantásticamente iluminada, con invitados muy populares en el ambiente de cine de esta ciudad. Allí, Nesbitt se hizo cargo de Karin West y se la llevó en volandas, para presentarla a cierto importante productor cinematográfico. Pero a mí no me dejaron marchar. Karin West contó lo que yo había hecho por ella, y su representante, Nesbitt y, como a todos los demás, me facilitó un bañador para compartir la reunión en igualdad de condiciones. Lo cierto es que todos ellos llevaban bañadores, y las muchachas bikinis. Ellas eran modelos profesionales y starlets, y su presencia en tan diminutas prendas, era realmente escultural, llena de *sexy*.

»—Fue una fiesta delirante, entre jardines, agua de la piscina, chicas y alcohol. Todo hubiera sido bonito y divertido, de no mediar el desagradable incidente que precipitó la terminación de la fiesta, cuando ya eran las seis y media de la mañana.

Mi cliente hizo una pausa, sin duda recordando los hechos. Le miré, pensativo. Iba siguiendo el hilo de su relato y haciendo anotaciones rápidas en mi bloc. Aproveche esta pausa para hacerle algunas preguntas concretas y rápidas:

—¿A qué hora encontraría a la muchacha en el coche, aproximadamente?

—Hum... Sobre las tres y cuarto, diría yo.

—¿Y a qué hora fue atendido usted en la clínica del doctor Melville, poco más o menos?

—Yo diría que entre tres y media y cuatro.

—¿Puede calcular de modo aproximado a qué hora llegaron a esa fiesta en Brentwood?

—Sí. Recuerdo que miré mi reloj al llegar, cuando Karin West comentaba algo sobre el enorme retraso con que acudía a la reunión. Eran las cinco menos veintidós minutos, exactamente.

—¿Y desde esa hora estuvo usted en bañador, deambulando por la finca?

—No, me desvestí algo más tarde, digamos que sobre las cinco aproximadamente.

—¿Le acompañó alguien más tiempo del normal en todo ese período, hasta que se marchó de la fiesta?

—No, no en especial. Hable dos o tres veces con Karin West, que estaba maravillosa con su bikini plateado; otras dos con su representante, Nesbitt, y baile con chicas que me eran totalmente desconocidas, bebí *whisky* o combinados con tipos a los que nunca había visto, e incluso tuve un intercambio de caricias con una rubia platino bastante ardorosa, llamada Judy, que tenía los pechos más grandes que he visto en mi vida, y de la que me dijeron que es una ninfómana incorregible.

—Pero nunca notó pinchazo alguno, como de una inyección, o cosa parecida, algo que inoculase el veneno en sus venas...

—No, cierto que no. Pero medio ebrio, semidesnudo y rodeado de gente, ¿quién puede estar seguro de nada? La única inyección que recuerdo es la que me pusieron en la clínica. Y los cortes, parecían ser todos producidos por los vidrios del coche accidentado...

—Sí. Pero entre cuatro y cinco y media, pongamos por caso, usted fue envenenado, señor Loomish. ¿Cómo y por quién?

—No lo sé, la verdad. Los médicos dijeron que tuvo que ser entre tres y media y cinco y media, para ser más exactos, ante el desarrollo del proceso tóxico en mi organismo.

—Y el incidente que usted cita, tuvo lugar a las seis y media. Por tanto, carece ya de interés en nuestro caso...

—Es posible. No obstante, tal vez le interese conocerlo, puesto que se relaciona directamente con esa muchacha, Karin West, a quien yo encontré en la carretera, y desde cuyo encuentro tuvo que producirse de alguna forma mi contacto con el asesino.

—Adelante. Nárreme el hecho, por favor.

—La gente estaba ya por entonces bastante ebria. Karin West bailaba con un tipo que no era el productor de cine, ya que éste se había ausentado a esas horas, y que resultó ser un tal Howard Pershing, director-propietario de la Cadena Editorial Pershing, para cuyas publicaciones ilustradas posa Karin West como modelo. De repente, apareció una mujer elegante, de cabello suavemente rubio y unos cuarenta años de edad muy bien llevados, cruzó el jardín y se arrojó sobre Karin, cayendo ambas enzarzadas en una ruda pelea, hasta el fondo de la piscina. Nesbitt, su representante, yo y otros dos o tres individuos más, nos lanzamos al agua para rescatadas y cuando lo hubimos logrado, supe que la dama era la esposa de

Pershing, y tenía celos de su esposo, a quien acusó de ser el amante de Karin. Nesbitt negó eso rotundamente y acusó de histérica a la señora Pershing. Lo cierto es que el matrimonio se retiró de allí en el acto, y la fiesta languideció de tal modo, que a las siete en punto ya estaba yo vestido totalmente, y partía en mi coche de allí, despidiéndome de Karin West y de su representante.

«—Ésa es toda la historia. Fui a mi casa, empecé a sentirme mal, y acudí a un médico, que me internó en un hospital. Me hicieron un análisis, y apareció el indicio del envenenamiento fatal. Es mi relato completo, Moran. Ahora, dígame usted lo que piensa de todo ello, y cómo va a empezar la investigación para, en tan escaso plazo de tiempo, dar con mi asesino».

Eso mismo es lo que yo hubiera querido saber.

CAPÍTULO III

Quizás había sido un error, o posiblemente me dejé llevar por mi sentido humanitario hacia aquel hombre que me había visitado y que, prácticamente, no era sino un cadáver andando.

Lo cierto es que acepté el caso. Y ni siquiera por la ambición de quedarme con aquellos diez mil dólares que cambiaban tan radicalmente mi situación económica.

Dustin Loomish abandonó mi oficina a las doce y veinte minutos del mediodía. Me había relatado cuánto sabía. Estuve seguro de que no me ocultaba nada. Y, sin embargo, ni siquiera sabía por dónde empezar.

Su tarjeta con sus señas y teléfono quedaban sobre mi mesa, junto a los diez mil dólares de mis honorarios iniciales. Podía comunicarme con él en cualquier momento, tanto para solicitarle cualquier otro detalle que pudiese darme, como para informarle de cualquier novedad importante que se presentara. No pensaba salir de casa, me dijo.

Como cualquier animal agonizante, se retiraba a su rincón para esperar la muerte. Era patético. Terrible. Sólo si la policía o los médicos le buscaban, se ocultaría en alguna otra parte. No quería morir en un hospital.

Si el informe clínico era exacto, y había sido envenenado entre tres y media y cinco y media de la madrugada anterior, a las nueve o diez de la mañana siguiente, martes, estaría muerto. Eran sus últimas horas de vida. Y yo tenía que aprovecharlas para darle la información que buscaba: la identidad de su asesino.

Aceptar tal caso era cuestión demencial. Pero lo había aceptado. Y estaba decidido a cumplir mi tarea, Sólo Dios sabía cómo.

Repasé mis datos y apuntes. Creía tener anotado allí todo lo que

tenía real importancia de cara a la investigación. Con un suspiro, me puse en pie. Iba a almorzar algo en el bar de abajo, antes de ponerme a trabajar.

Cuando llegaba ante la puerta de mi oficina para salir, sonó el timbre. Me detuve, contrariado. No era momento de recibir más visitas. Sentía sed y apetito. Y tenía que dedicar todas las horas de aquel maldito día a trabajar duro y sin descanso.

Insistieron en la llamada. El vidrio esmerilado revelaba una confusa silueta en vivo color verde. Ningún hombre vestirla un tono así. Por tanto, tenía que ser una mujer.

Abrí.

Era una mujer, ciertamente. Joven, bonita y de cabello castaño. El vestido verde le sentaba muy bien. También le hubiera sentado igual ir desnuda. Tenía un gran tipo, la verdad.

—Buenos días —saludó, tímida, sujetando su bolso de piel con fuerza—. ¿El señor Maxwell Moran?

—Yo mismo —asentí—. Ya me iba, Es la hora de almorzar. Si puede venir más tarde, señorita...

—Barnes —se apresuró a decir con su mejor sonrisa—. Cynthia Barnes. Busco trabajo.

—Oh, entiendo... —asentí, mirándola con renovado interés—. El anuncio, ¿no?

—Eso es —suspiró esperanzada—. El anuncio.

Recordé que había insertado dos clases de anuncios diferentes en la prensa local para aquel día. Uno, solicitando secretaria o mecanógrafa. El otro, anunciando a mi posible clientela mis nuevas oficinas de Wilshire.

—¿Llego tarde acaso? —Pareció preocuparse de pronto.

—No, no —rechacé—. Es la primera que se presenta.

—Menos mal... Necesito este trabajo, señor Moran.

—Bien. Baje conmigo, si no le molesta —cerré tras de mí y eché a andar hacia el ascensor—. La invito a tomar algo en la cafetería de abajo mientras charlamos.

—Es muy amable, señor Moran —manifestó ella risueñamente, apresurándose a taconear a mi lado—. Ya he comido, pero puedo tomar un café...

Nos sentábamos frente a frente unos minutos más tarde. Ella con su taza de café, y yo con mi bandeja del *self-service* conteniendo

ensalada, pollo frito al estilo Kentucky, fruta y cerveza.

—Bien, señorita Barnes —manifesté, aliñando la ensalada—. Escucho sus informes.

—No son muchos. He trabajado en diversas ciudades antes de residir en Los Angeles. Puedo presentarle referencias de dos oficinas. Soy buena mecanógrafa, una taquígrafa aceptable, y domino bien el trabajo de archivar. No exijo demasiado en cuanto a sueldo, y me considero una mujer trabajadora y disciplinada.

De su bolso extrajo dos cartas de referencia de oficinas comerciales de Los Angeles, así como un resumen de otros trabajos realizados en San Francisco y Sacramento anteriormente, para firmas de Seguros y de Informática. Enarqué las cejas, mirándola pensativo.

—Nunca ha trabajado con un detective particular, ¿cierto? —indagué.

—Cierto —sonrió ella—. Es una profesión poco corriente.

—¿Cree poder ocuparse de mi oficina con eficacia y discreción? Los asuntos de los investigadores privados acostumbran a ser estrictamente confidenciales...

—No tiene que preocuparse por eso. Nadie me arrancararía jamás una información, se lo aseguro.

—Está bien —decidí—. La tomaré a prueba. Si durante un mes cumple satisfactoriamente su tarea, el empleo será definitivamente suyo. Pero no se haga ilusiones. No pago demasiado, entre otras cosas porque tampoco gano en exceso. Este trabajo dista mucho de estar bien pagado, aunque el cine y la televisión puedan hacer creer otra cosa, señorita Barnes.

—No me importa, ya se lo dije. Me conformo con poco, por el momento.

—Tampoco abusaré de usted. Va a cobrar por su primer mes de trabajo en mi oficina mil dólares. Es todo cuanto puedo pagarla de momento. Si las cosas van bien, estudiaremos un aumento.

—Perfecto —aprobó ella con una sonrisa—. Acepto sin discusión.

—Muy bien. Se ocupará del teléfono, de tener a punto el contestador automático, archivar documentos y *dossiers*, fingir que hay mucho trabajo aunque no haya nada cuando nos visite un cliente, tener ciertas dotes de psicología con la clientela, y ser lo

más observadora posible. ¿Cree que sabrá hacer todo eso, aparte de escribir a máquina y tomar notas en taquigrafía cuando haga falta?

—Soy bastante buena observadora —asintió ella sonriente, al inclinarse hacia mí de modo completamente natural—. Por ejemplo: sé que le están vigilando desde que entramos en esta cafetería.

Me sorprendió. Tuve que hacer un enorme esfuerzo de voluntad para no girar la cabeza bruscamente. La miré, tomando un trago de cerveza.

—¿Dónde? —quise saber.

—Tras de usted, junto a la puerta. No se vuelva. Le observan en este momento. Y a mí también —fingió remover su bolso, hasta dar con una pequeña polvera y comenzó a retocarse el maquillaje, aunque no le hacía ninguna falta—. Es un tipo solitario, que bebe un refresco de cola. Pequeño, algo rechoncho, calvo y sudoroso. Tiene un sombrero color marrón sobre una silla, y fuma cigarrillos emboquillados.

—Enhorabuena —aprobé—. ¿Está segura de que me vigila a mí?

—No hay duda de ello. Entró tras de nosotros, se colocó ahí, y cuando no le mira directamente, lo hace a través de un espejo del mostrador donde nos reflejamos nosotros. ¿Está metido en algún asunto feo?

—Desde luego. Lo que no creí es que el baile empezara tan pronto —gruñí, pensativo—. Voy a salir de aquí ahora, apenas termine mi almuerzo. Usted despídame como si nos separásemos definitivamente, y finja ir al lavabo. Si ve que me sigue, salga usted también tras él.

—¿Y después?

—Deje el resto de mí cuenta —sonreí, terminando la fruta y apurando la cerveza con lentitud, sin prisa aparente alguna—. ¿Lo ha entendido bien, señorita Barnes?

—Claro —rió ella suavemente—. Y puede llamarme Cynthia. Soy su secretaria después de todo, ¿no es cierto, señor Moran?

—En efecto —asentí—. Luego le pagaré un anticipo a cuenta de su sueldo. Antes quisiera saber quién me vigila y por qué...

Me encaminé a la salida, tras estrechar la mano de ella, fingiendo despedirme. Cynthia caminó hacia los servicios femeninos del local, y yo en dirección a la puerta de la calle.

Pisé la acera, tras ver de soslayo por un momento al tipo

mentionado por mi flamante secretaria. El fingió no advertir mi presencia. Sudaba como un condenado, y se pasaba un pañuelo por su reluciente calva cuando lo dejé atrás.

Me detuve en un puesto de cigarrillos y prensa, adquiriendo un par de diarios. Luego fui hacia la puerta del edificio donde tenía mis oficinas. Entré con toda naturalidad, encaminándome a un ascensor donde penetré, mezclado con los demás. Partimos hacia arriba. Pero bajé en la segunda planta, cuando alguien lo hizo al detenerse el ascensor y, rápidamente, corrí escaleras abajo, de regreso al vestíbulo.

Como esperaba, el tipo rechoncho y sudoroso cruzaba el *hall*, hacia un ascensor. Vi a Cynthia Barnes en la puerta del edificio, en pos suyo. Sonreí. La chica lo hacía bien. Estaba fingiendo buscar un nombre en el índice de oficinas e inquilinos.

Se detuvo un ascensor que abrió sus puertas, iba vacío.

El tipo gordo entró en él. Yo, rápido, le seguí, haciendo un vivo gesto a Cynthia, que corrió a través del vestíbulo, si bien no llegó a alcanzarnos antes de que la puerta se cerrara y, en mutua compañía, el tipo y yo iniciáramos el ascenso hacia mi piso, el undécimo.

Me miró y se quedó petrificado al reconocermé. El sudor pareció brotar a chorros por sus poros. Yo le sonreía como podría hacerlo un perro doberman, si supiera sonreír.

—Hola —dije—. Mucho calor, ¿verdad?

Resopló, asintiendo mecánicamente. El pañuelo asomó en sus dedos gordezuelos y nerviosos. Parecía tremendamente apurado ante aquella situación.

—Supongo que viene a verme a mí, ¿verdad? —indagué.

El pareció irritarse, se rebeló contra la situación.

—¿Y quién diablos es usted? —rezongó—. No le conozco de nada.

—Vamos, vamos. Claro que me conoce. Ha pulsado el piso undécimo. Yo tengo allí mi oficina.

—¿Y qué?

—Nada. Pudo ahorrarse el trabajo de subir. Me vio en la cafetería, ¿verdad?

—No sé de qué me habla, amigo.

—¿No? —Reí—. Si le pego una buena paliza aquí dentro, terminara por saberlo. Nadie va a detener el ascensor hasta ese piso.

He bloqueado el llamador automático de los otros pisos al entrar. ¿Por qué no es buen chico y suelta algo que no sea sudor?

—Es usted un maldito entrometido. Si me amenaza, puede verse en problemas... —jadeó el gordinflón.

—Es posible. Pero sólo después de salir de este ascensor. Antes, será usted quien lo pase mal —y, de repente, moví la puerta entre dos pisos, bloqueando el acceso. La cabina se detuvo con una sacudida, y el tipo me miró asustado.

—¿Qué... qué piensa hacer? —farfulló, bañado en transpiración.

—Depende de usted —me encogí de hombros—. Decídase pronto.

—Por todos los diablos, no es ningún delito observarle a usted y luego tratar de visitarle en su oficina, Moran —terminó por decir, malhumorado, secándose el empapado rostro.

—No, claro que no. Pero resulta raro y no me gusta que me vigilen. ¿Quién es usted?

—Alvin Bushman. Soy una persona importante.

—A mí ese nombre no me dice nada —bostecé.

—¡Está bien, maldito cabezota! Soy un competidor de Dustin Loomish. Su contrato con cierta multinacional significa para mi empresa una pérdida de millones.

—Eso ya tiene más sentido. Alvin Bushman... ¿Tiene algo que ver con Bushman & Cole, Incorporated?

—Soy el mismo Bushman que heredó esa empresa de mi tío, Clark Bushman, ya difunto. Actúo como presidente del Consejo de Administración de la entidad. Casi teníamos ultimado el convenio con la multinacional, cuando Loomish nos ganó por la mano y firmó ese documento de acuerdo. Utilizó juego sucio. Una vieja amistad suya o algo así, no recursos válidos de buena ética comercial.

—¿Y qué tengo yo que ver con todo eso, señor Bushman?

—He estado intentando localizar a Loomish durante toda la mañana, para discutir un nuevo acuerdo entre nuestras empresas, que nos beneficie a todos por igual. No he logrado encontrarle, pero su contestador automático me dijo que había ido a su oficina, Moran. Me vine para acá rápidamente, y cuando llegaba, Loomish se alejaba en su coche. No pude ir tras él, y resolví hablar con usted.

Entonces salió con aquella joven, entrando en la cafetería, y dudé',

prefiriendo hablar a solas con usted, sin testigos delante.

—Eso suena plausible, aunque tal vez me éste mintiendo, Bushman —dije secamente—. Puede hablar conmigo en presencia de ella. Es mi secretaria. Ahora, sigamos hacia arriba.

Cerré de nuevo la cabina y pulse el botón del undécimo piso. Cuando salimos, ya estaba allí Cynthia esperándonos. Miró con desconfianza al tipo, y luego me informó:

—Iba a llamar a la policía si tardaba más en reanudar el ascenso, jefe.

—Hizo bien en no llamarla. Acostúmbrese a no recurrir a ese extremo hasta que no haya otro remedio, por favor. Detesto que la policía se meta en mis asuntos. Nunca sale nada bueno de ello.

—Perdone. Lo tendré en cuenta en el futuro —prometió ella, sin dejar de escudriñar con gesto receloso a Alvin Bushman.

—Vamos a entrar en la oficina ahora —expliqué—. El señor Bushman no es un cliente, pero quiere hablar conmigo de algunas cosas que tal vez no le importen. Eso es lo que trato de averiguar ahora.

Entramos los tres juntos. Cynthia se quedó fuera, atendiendo por vez primera sus útiles de trabajo.

Yo invité' a

sentarse a Bushman, y luego lo hice frente a él. Nos miramos en silencio. Sudaba menos, pero seguía brillándole de humedad la piel.

—De modo que usted es un rival de Loomish —dije—. Un competidor comercial.

—Sí. Su empresa y la mía compiten hace tiempo en ese terreno.

—De modo que si algo le sucediera al señor Loomish, usted saldría beneficiado.

—¿De qué está hablando?

—Era una simple especulación. Su muerte sería buena para su empresa, ¿no?

—Diablos, no se me ha ocurrido pensar en algo así. De todos modos, él es solamente un ejecutivo. Ahora que han firmado ese contrato, ya poco importaría lo que le sucediera a Loomish. Eso no arreglaría las cosas para mi empresa.

—Es posible. Pero usted anoche quizás ignoraba ese punto. Y

pensó que la desaparición de su competidor podría ser muy beneficiosa para usted.

—Eso no tiene sentido. A Loomish no le ocurre nada, ¿no? Lo he visto personalmente saliendo de este edificio...

—Lo que usted vio salir de aquí, Bushman, era un simple cadáver viviente.

—¿Qué... qué quiere decir? —jadeó él, impresionado.

—Lo que he dicho. Ese hombre está muerto. Alguien le envenenó anoche con un tóxico desconocido, de acción lenta e irreversible. Dustin Loomish morirá de modo inexorable mañana por la mañana. Nadie puede evitarlo ya. Yo estoy buscando a la persona a quien más puede beneficiar ese crimen. Y con usted parezco haberla encontrado.

CAPÍTULO IV

—¿Por qué lo dejó marchar, jefe?

—No podía hacer otra cosa —
suspiré' moviendo

la cabeza—. Ese tipo puede estar mintiendo y tener otras razones para vigilar mis pasos, pero sus explicaciones resultan razonables, y no le puedo acusar de nada ante la policía.

—Usted dice que le beneficia el mal de su cliente...

—Y es cierto. Pero existen otras personas en idénticas circunstancias. El tiene un motivo para causar daño a mi cliente, ésa es la verdad. Sólo que parece tener una sólida coartada. Esta madrugada, entre tres y seis, estaba en San Francisco, alojado en un hotel de aquella ciudad. Puede probarlo, con la declaración del conserje y empleados del hotel, y me ha mostrado su billete de regreso en avión a Los Angeles, viaje que emprendió tan pronto fue informado telefónicamente de que su competidor había firmado un contrato que él andaba buscando. No, no me es posible entregarlo a la policía atado de pies y manos, ni torturarlo para que confiese otra cosa. Por eso tuve que dejarle ir, Cynthia. La práctica le enseñará que en este trabajo no se puede uno dejar guiar siempre por los impulsos. Se corre el peligro de cometer un grave error.

—Perdone —la joven desvió su mirada, con expresión turbada. Creo que hablé de más en esta ocasión.

—No, no —sonreí—. Usted hizo bien, Cynthia. Pretendía ayudarme. A veces es bueno discutir ambas las cosas, puesto que no tenemos a nadie más con quien hacerlo.

Pareció algo más animada con mis palabras. Yo consulté el reloj. Mi charla con Bushman me había hecho perder más tiempo del deseado, pero su presencia en la cafetería y su afán por seguirme

me habían obligado a tratar de ahondar en las razones de su actitud. Tal vez me había dicho la verdad, o tal vez mentía. Eso era cosa que aún estaba por averiguar, pero yo no podía malgastar el escaso tiempo de que disponía viajando a San Francisco para comprobar su coartada.

—Hable con el hotel donde se alojó Bushman anoche —pedí a mi secretaria, entregándole los apuntes hechos durante mi conversación con el hombre de negocios—. Trate de confirmar que cuanto dijo Alvin Bushman era cierto. Ya me informará más tarde. Yo ahora tengo trabajo.

—Sí, jefe —asintió, con aire de entusiasmo al ver que podía colaborar en algo concreto. Luego, me dirigió una mirada pensativa—. ¿Volverá tarde?

—No lo sé, Cynthia. Éste es un asunto muy especial. Pero ha tenido usted la mala fortuna de entrar a trabajar conmigo coincidiendo con él. Yo debo permanecer toda la noche con esta tarea, porque tengo el tiempo justo, sin posibles aplazamientos. Usted puede retirarse cuando quiera a su domicilio, dejándome en su bloc todas las notas que guste, o bien grabándolo en el magnetófono de mi despacho, ¿de acuerdo?

—Sí, jefe. Pero si me necesita, puedo también permanecer toda la noche al pie del cañón —se ofreció espontáneamente.

—Sería demasiado para su primera jornada de trabajo —negué' con

la cabeza—. Gracias, Cynthia, pero no puedo permitirle eso. Soy yo quien trabaja ahora contra reloj, no usted. Haga lo que le dije, por favor. Será suficiente.

—Como quiera, señor Moran —suspiró ella, resignada.

Abandoné la oficina haciéndole un cordial gesto de despedida. Luego, me lancé al tráfico urbano, en busca de mi primer personaje de importancia en aquel maldito asunto: la ex esposa de Dustin Loomish, Cheryl Loomish.

Alta, de cabello negro y tez bronceada. Ojos oscuros, boca carnosa y nariz recta, bien modelada. Vestía un modelo caro, de algún modisto de primera clase. Se notaba a la legua.

Era propietaria de un pequeño negocio en Hollywood, un bar elegante y discreto, donde se podía tomar tranquilamente una copa y oír el hilo musical, suave y tenue.

—Yo soy Cheryl Loomish —me dijo, tras echar una ojeada indiferente a mi tarjeta de visita y comprobar que había pedido una consumición en la barra—. La ex mujer de Dustin Loomish. ¿Qué le pasa ahora a él? ¿Ha puesto a alguien tras de mis pasos? No veo motivo para ello. Nuestra separación fue amistosa, y ni me he metido nunca en su vida, ni él en la mía.

—Lo sé, señora Loomish —asentí, saboreando el combinado que me habían servido. Encendí un cigarrillo, tras negarse ella a aceptar uno—. No anda nadie tras de usted. Trabajo para su ex marido en un asunto que no la afecta a usted de modo directo.

—Entonces, ¿qué hace aquí? —Me estudió, desconfiada.

—Quería hablar con usted, es todo.

—¿Sobre qué?

—Sobre la muerte de su esposo.

Pestañeó, estudiándome con poca simpatía. Luego se encogió de hombros.

—Supongo que bromea —dijo—. El está bien y lleno de vida, ¿no es cierto?

—Sólo por el momento —suspiré—. Ha suscrito una póliza de seguro de vida. A su nombre... y al mío, señora Loomish.

—¿De veras? —Enarcó las cejas, perplejo su gesto—. ¿Por qué? No tiene sentido.

—Cuando lo hizo, quizás no lo tenía. Ahora, sí. Su esposo morirá mañana por la mañana.

La estudié, esperando una reacción. No la hubo. Sus ojos oscuros siguieron mirándome con indiferencia, y su bonito rostro anguloso no reflejó emoción alguna.

—Supongo que está burlándose de mí —manifestó secamente.

—No me gusta burlarme de la muerte. Es un asunto demasiado serio para eso.

—Dustin es un hombre de buena salud. No está enfermo.

—Cierto. Pero le han envenenado.

—

¿Qué’?

—me contempló ahora estupefacta.

—Un veneno extraño. Poco conocido. Y muy lento. No tiene antídoto ni tratamiento adecuado. En poco más de veinticuatro horas, hará efecto. Y su ex marido morirá.

—Eso no es posible... —Por vez primera la vi agitada. Rodeó la barra y se sirvió una copa de *brandy*, de las botellas de una anaquelería entre paneles tapizados de verde oscuro y reproducciones de temas cinegéticos—. ¿No es todo una broma de mal gusto, señor... er... Moran?

—No, en absoluto. Ya le dije que no me gustan bromas de ese tipo, señora. Alguien asesinó anoche a su marido, para ser exactos, aunque aún vive. Un modo raro de matar. ¿Por qué? Evidentemente, su muerte beneficiaba a alguien.

—¿Se refiere a mí? Ya le dije que no tenemos nada que ver hace tiempo.

—Pero está el seguro de vida...

—Lo ignoraba por completo.

—Eso puede ser cierto o no.

—¿Me está acusando de algo? —Sus ojos centellearon, fijándose agresivos en mí.

—En absoluto, señora. Estoy sopesando posibilidades. Dos personas se beneficiaban de su muerte: usted y Alvin Bushman, su competidor. Sólo que ahora Bushman ya no obtiene beneficio alguno. La empresa para la que trabajaba su marido firmó un ventajoso contrato comercial que su muerte no puede ya anular.

—¿Y Corvin?

¿Qué' dice

él a todo esto?

—¿Mickey Corvin, su amigo y socio? —indagué—. No lo sé. Aún no lo he visto.

—Pues debió verle. Si Dustin firmó ese contrato, sus beneficios por el mismo pasarán íntegros ahora a otra persona: Mickey Corvin, su socio. Ambos forman una especie de equipo ejecutivo comercial a comisión para una empresa de esta ciudad. Si uno falta, el otro pasa a ser el único beneficiario de esas comisiones.

—Lo imaginaba Pero preferí hablar con usted en primer lugar, señora.

—¿Por qué? ¿Por qué sospecha de mí?

—No. Porque es mujer —sonreí.

—De todos modos, le resulto sospechosa, confíeselo.

—Todo el que conocía a Dustin me resultaba igualmente sospechoso. Veo que usted tiene su propio medio de vida con este

local.

—Poseo algunas otras cosas: acciones financieras, unos *conttages* de alguien en Bel-Air...

Los negocios me han ido bien. No necesito para nada a Dustin ni su seguro de vida. Pero tampoco deseo que le ocurra cosa alguna.

—Ya es tarde para eso —suspiré, apurando mi combinación—. El veneno está surtiendo inexorablemente su efecto.

—¿No se ha hospitalizado?

—No quiere morir en la cama de un hospital. Desea luchar hasta el fin, Y, a ser posible, conocer el nombre de su asesino antes... antes de emprender su último viaje.

—El duro Dustin Loomish de siempre —sonrió amargamente, moviendo la cabeza—. ¿Ése es su trabajo para él?

Asentí con la cabeza. Ella no dijo nada. Se limitó a tornar un sorbo de *brandy*, y contemplar pensativa su pequeño y selecto local. Había poca gente, silenciosa y correcta. En un panel de la pared, algunas fotografías de famosos de Hollywood, firmadas y dedicadas a Cheryl Loomish.

—Creo que debo marcharme —comenté, bajando de la banqueta con lentitud—. El tiempo pasa deprisa. Sobre todo, cuando las horas están contadas ya...

—Dios mío, pobre Dustin —la oí susurrar, mientras inclinaba la cabeza y se tocaba ambas sienes con sus dedos, largos y sensitivos—. Nunca pensé que pudiera sufrir por su causa...

—Así son las cosas —fui hacia la salida—. Supongo que no puede ayudarme en nada, indicarme quién podría ser capaz de algo semejante, qué persona tendría a su alcance un veneno tan raro...

—Me temo que no —musitó—. No sé gran cosa de las amistades de Dustin, sobre todo desde que nos separamos. ¿No han descubierto la naturaleza exacta del veneno?

—Es difícil. Puede tratarse de un virus desconocido, procedente del trópico. Pero es sólo una suposición, claro. Los médicos no se han pronunciado de modo definitivo.

—El trópico... —repitió ella. Y lo dijo de un modo que me hizo pararme en seco y girar la cabeza, mirándola con fijeza.

—Sí —asentí—. Eso dije. ¿Alguna idea?

—Mickey Corvin, su socio y amigo... vivió varios años en África

Central. Es todo lo que recuerdo.

—Ya —mentalmente, anoté la circunstancia—. De nuevo el buen Mickey... Parece que su esposo le tiene gran confianza y afecto...

—Siempre ocurrió igual. Mickey es simpático, cordial, afable. Sólo mencioné eso por causa de esa alusión al trópico. No pretendo insinuar nada tan monstruoso.

—Lo sé, lo sé —asentí rápido—. Ni yo la acuso de ello, señora. Por el contrario, le quedo sumamente agradecido. Buenas noches.

—Buenas noches, señor Moran —una pausa. Luego, me llegó su voz, apagada—. De verdad... ¿No sospecha de mí?

Vacilé, ya en la puerta de su club. Me aparté para dejar paso a una dama con capa de visón y un caballero de *smoking*.

—No —dije lentamente. No creo que usted tenga nada que ver en esto...

Y me marche del local sin añadir una sola palabra más.

Era allí.

La curva cercana de la carretera, el terraplén, los desmontes y el macizo de arbustos. Proyecté la linterna sobre la rampa. Aún quedaban vidrios rotos por doquier, alfombrando el suelo. Los neumáticos del coche se habían hundido profundamente en el terreno blando, dejando marcadas sus huellas con nitidez.

La grúa que se llevó el vehículo accidentado también había dejado sus neumáticos con toda claridad, impresos en la zona. En el asfalto de la 405, dos líneas negruzcas mostraban el punto donde patinó el coche, para caer allí. Poco antes, otras dos líneas semejantes, marcaban la maniobra de Dustin para desviarse de la calzada y aproximar su coche al lugar del siniestro.

No había nada más que ver allí. Ni yo lo había esperado. Pero, simplemente, quise comprobar cada detalle de la historia de mi cliente. Y ya lo había hecho.

Regresé a mi coche, poniéndolo en marcha. Ya había oscurecido poco antes, y las luces de la ciudad brillaban en la distancia.

Me crucé con

algunos vehículos, antes de reducir la marcha, cuando mis faros se proyectaron sobre una desviación, en la que se alzaba una verja y un jardín rodeaba un edificio. Un luminoso de vidrio anunciaba:

CLINICA PRIVADA

ACCESO

Avancé hasta allá. Los faros hicieron brillar la bruñida superficie de bronce de una placa con el nombre del director-propietario de aquel centro clínico:

Clínica del doctor Harvey Melville

Todo tal como dijera mi cliente. Comprobé la distancia recorrida desde el lugar del accidente. Justamente media milla y cien yardas. Loomish era hombre de fiar en sus cálculos, evidentemente, Todo era como él explicara.

La puerta de la verja estaba abierta. Me interné, deteniendo el coche en un claro, ante un porche iluminado. Vidrieras blancas centelleaban en la oscuridad. Un enfermero salió a recibirme.

—¿Le sucede algo, señor? —preguntó, solícito.

—No —negué—. Vengo a ver al doctor Melville.

Pareció decepcionado y no me contempló con demasiada cordialidad.

El doctor Melville está muy ocupado, señor —replicó secamente ahora—. No podrá recibirle. Pero puedo tomarle nota para día y hora de visita y...

—No me ha entendido —corté—. Debo ver al doctor Melville ahora. Soy detective privado y mi cliente estuvo anoche en este centro, tras un accidente.

—En ese caso, le llevaré ante el doctor Colman. Es el administrador del Centro, y si hay algún problema con la compañía de seguros, él puede...

—Insisto en que no me entiende —me mostré casi

agresivo ahora—. Es al doctor Melville, *personalmente*, a quien debo ver sin pérdida de tiempo. Mi cliente se muere.

Eso pareció decirle. Con expresión alterada me invitó a entrar en el recinto. Me hizo sentar en una sala de espera aséptica y con olor a hospital, alejándose presuroso por un largo corredor encristalado. Tras una centralilla, una enfermera repartía su tiempo entre las llamadas y la lectura de una publicación ilustrada.

Poco más tarde, el enfermero regresó, invitándome a seguirle. Cuando me introdujo en un despacho, fue para verme cara a cara

con un hombre saludable, de mediana edad, ojos grises protegidos por unas gafas de montura dorada, y bata blanca impecable. Me tendió una mano pulcra y cuidada, estudiándome con cierto recelo.

—Soy el doctor Melville —dijo con frialdad—. Comprenderá que tengo mucho trabajo, y sólo por su insistencia en verme he accedido a concederle unos minutos, muy pocos.

Siéntese, por favor. Mi enfermero me ha dicho que usted... es un detective privado.

—En efecto —puse una tarjeta en sus manos—. Trabajo para el señor Dustin Loomish.

—Bien, señor Moran —me estudió, glacial—. Recuerdo a un Dustin Loomish que estuvo anoche aquí, con una joven accidentada. Pero no era él quien necesitaba atenciones médicas, sino ella. De todos modos, se le atendió de algunos leves cortes sin importancia.

—Sé todo eso, doctor.

—Pero mi enfermero ha dicho que su cliente... *se muere*. —silabeó el médico, endureciendo su gesto—. Supongo que eso es totalmente falso.

—Supone mal, doctor —suspiré apaciblemente—. Se muere. Es cierto.

—¡Pero eso no tiene sentido! —protestó—. No puede venir aquí a reclamar nada. Tenemos su ficha clínica, que es bien concreta, igual que la de su acompañante, la señorita West, que sufrió un accidente de automóvil cerca de aquí... La policía de tráfico estuvo ya a comprobar todo lo relativo a ese hecho, y no había nada anormal en ello. Comprenderá que si se trata de un truco legal para extorsionar a un establecimiento médico respetable, yo...

—Doctor Melville, no vaya tan deprisa —le interrumpí, alzando una mano—. Aquí, nadie ha acusado a nadie de nada. Me he limitado a decirle lo que ocurre. En estos momentos, Dustin Loomish tiene ante sí solamente veinticinco horas de vida como máximo.

—Es absurdo, señor Moran. ¿Cómo puede estar tan seguro de algo semejante?

—Porque anoche, doctor Melville, alguien envenenó a mi cliente. Utilizo para ello un extraño veneno, un tóxico desconocido y sin remedio, quizá procedente de alguna región tropical. Un veneno que le va matando lentamente, sin antídoto posible. ¿Lo

entiende ahora?

—Cielos, no —se dejó caer, estupefacto, en su asiento—. Es una historia descabellada, señor Moran. Soy médico, y nunca oí hablar de nada parecido...

—Le creo. Pero ha ocurrido por una vez. Existe un informe médico que lo confirma. Mi paciente ha huido del hospital porque quiere luchar hasta el fin, saber quién le mató y por qué. Yo trabajo ahora en ello. Necesito saber cómo sucedió.

—Mucho me temo que no pueda ayudarle en nada... —jadeó el médico.

—Creo que ustedes le inyectaron algo aquí, anoche... ¿Es cierto?

—Supongo que sí. La señorita Dekker se ocuparía de ello. Yo cuidé de atender a la señorita West, que necesitaba asistencia médica más urgente.

—¿Podría hablar con su enfermera, la señorita Dekker?

En este momento, no —rechazo el médico, pensativo—. Ella no está de servicio hoy. La realidad es que disfruta de cinco días de vacaciones por la enfermedad de un familiar en otro Estado.

—Lástima... —arrugué el ceño—. Me hubiera gustado hablar con ella.

—De todos modos, no creo que le hubiera resultado muy útil —suspiró, poniéndose en pie y yendo a un archivador metálico—. Aquí tengo todo lo relativo a los dos pacientes de anoche. Puede examinarlo por sí mismo, dadas las circunstancias, ya que no hay nada en ello que exija el secreto profesional.

Me tendió dos tarjetas extendidas a nombre, respectivamente, de Karin West y Dustin Loomish. Las firmaban el doctor Melville y la enfermera Carol B. Dekker. En ellas se detallaba el tratamiento completo dado a ambos pacientes, así como estaban perfectamente anotadas horas y minutos, fecha y demás detalles. La inyección aplicada a Loomish, según aquel informe, era un simple antibiótico para evitar infecciones posteriores.

—La señorita Carol... quiero decir, la enfermera Dekker, detalló ahí minuciosamente cada punto —me explicó Melville—. Es algo que acostumbramos a hacer siempre, señor Moran. ¿Acaso pensó que aquí le habíamos inoculado un veneno letal?

—No exactamente. Pero pensé que podían haber notado en él algún efecto de la presencia de un elemento raro en su organismo,

pongamos por caso —sugerí.

—Como ve, la tensión arterial, el pulso y el estado general del señor Loomish, salvo su natural excitación ante el accidente, eran totalmente normales. Ni la señorita Dekker ni yo hubiéramos cometido errores en eso.

—De modo que, por entonces, no podía estar ya envenenado, o ustedes hubiesen notado algo... —sugerí, devolviéndole las fichas.

—Es posible que el veneno, por su naturaleza desconocida, no mostrase reacciones evidentes, señor Moran. No se le practicó análisis de sangre alguno, puesto que no era necesario, si es eso a lo que usted se refería.

—Entiendo. Ello deja abierta la posibilidad de que fuese envenenado antes o después, sin concretar el momento.

—Exacto. Lo que no veo factible es que fuese envenenado aquí —apuntó con frío sarcasmo el médico.

—Yo tampoco le he insinuado tal cosa, doctor —suspiré, poniéndome en pie—. Mi trabajo es difícil, compéndalo. Lucho contra un reloj implacable, mortal: el que señala las horas que quedan de vida a mi cliente.

—Lo comprendo muy bien —se puso en pie, mucho menos agresivo que antes, y hasta me tendió su mano abierta—. Si me necesita para algo, no dude en recurrir a mí. Gustosamente le ayudaré, si está en mi mano, a intentar la salvación de ese desdichado.

—Gracias, doctor. Pero no creo que ello sea posible ya... —Y abandoné su despacho, alejándome corredor adelante, hacia la salida de la clínica privada.

Cuando rodé de regreso al centro urbano de Los Angeles, no pude evitar dirigir otra mirada fugaz al punto donde el coche de Karin West se desviara hacia los arbustos, iniciando la que, tal vez, fue la última y trágica aventura de Dustin Loomish. ¿O tal vez en ese momento ya corría el veneno por sus arterias?

Ahí estaba la gran incógnita del caso. ¿Dónde y cuándo le fue inoculado el tóxico a mi infortunado cliente?

Si fue antes de encontrar el coche de Karin West, los indicios solamente podían apuntar en una dirección: la firma del contrato con la multinacional.

Tenía que hablar lo antes posible con Mickey Corvin, su socio y

amigo.

CAPÍTULO V

—¿Maxwell Moran?

—Es mi nombre, sí. Los amigos me llaman solamente Max. Es menos complicado.

—Bien Max —sonrió él, abanicándose con mi tarjeta. Hablemos entonces como amigos. ¿Qué está buscando, exactamente?

¿De momento, a usted?

—¿A mí? —Mickey Corvin enarcó sus rubias cejas, contemplándome curioso—. ¿Por qué motivo?

—El motivo se llama Dustin Loomish —dije sin quitarle los ojos de encima.

—Dustin... —Parpadeó, jugueteando con los papeles de la mesa despacho y un bello abrecartas de acero y marfil—. Me gustaría saber dónde está. No he logrado localizarle hoy, pese a cuanto lo intenté. Tenemos cosas importantes que hablar.

—Se que cosas: la firma del contrato y todo eso, ¿no?

—Exacto —aproboé él, sorprendido—. ¿Es que usted lo sabe ya?

—Hable con Dustin Loomish esta misma mañana —asentí.

—¿Dónde?

—En mi oficina. No se esfuerce en localizarle. No creo que lo logre fácilmente. No desea ver a nadie.

—Pero ¿por qué? ¿Qué diablos le ocurre?

—Está esperando algo malo. Muy malo. Eso es todo.

—No puedo imaginarme a Dustin esperando nada malo. Es optimista, sereno y calmado por excelencia. Siempre ve lo bueno de todas las cosas y confía en que todo salga bien. El confió siempre en firmar ese contrato, pese a que

Busham & Cole

parecían tener todas las bazas a su favor. Por entonces, ni siquiera

sospechaba que su viejo camarada del Vietnam, Steeger, fuese un alto ejecutivo de la multinacional. Y aún así, confiaba. Así es Dustin. ¿Qué cosa mala puede estar esperando él ahora?

—Su muerte —dije con frialdad.

—Su. ¿Qué? —jadeó, mirándome estupefacto.

—Su muerte —repetí con gravedad—. Sé que suena raro, fantástico incluso. Pero es así. Un hombre está muriendo lentamente, sin remedio: su amigo Loomish.

—No es posible. No puede estar tan enfermo... Tiene salud, fortaleza... ¿Acaso un cáncer, un tumor...?

—No. Un veneno.

—¡Veneno! —Palideció súbita, intensamente. Le vi tambalearse, como sacudido por un mazazo. Camino hacia mí por el amplio despacho de maqueta azul y grandes vidrieras que pertenecía a Loomish en la Ace Incorporated, la empresa para la que ambos trabajan a comisión como ejecutivos independientes—. Dios, no... ¿Qué locura es ésta?

—Lo que usted dice: una locura. Un criminal inoculó un tóxico letal a su amigo. Los médicos le examinaron y él escapó, ocultándose en alguna parte de la ciudad, a la espera de que yo le de la única respuesta que él desea: el nombre de su asesino.

—Cielos... —se dejó caer en un sofá de cuero repujado, derrumbándose casi—. No puedo creerlo, Max. Es... aterrador. Absurdo, incluso.

—Es todo lo que usted quiera pensar. Yo también lo creo así. Pero ocurre. Ha ocurrido, y un cadáver viviente se arrastra por esta ciudad, confiando solamente en irse al otro mundo sabiendo quién fue el bastardo que le sentenció a morir a plazo fijo. En eso estoy ahora.

—Ya comprendo —jadeó, enjugándose mecánicamente la transpiración—. ¿Qué puedo hacer para ayudarle a usted y a Dustin, sobre todo?

—No lo sé, la verdad —me encogí de hombros—. Hay tres fases concretas y bien delimitadas en sus actividades de la noche anterior, cuando tuvieron que inocularle el veneno forzosamente. La primera fase se inicia con la firma de ese contrato en un restaurante de Redondo Beach, con Frank Steeger. Luego, le llama a usted y al no hallarle en casa le deja su mensaje informándole de tal hecho.

—Lo escuché al llegar. Volví a casa un poco tarde, casi a las tres y media... ¿Cómo podía yo imaginar...?

—La segunda fase la tenemos cuando encontró a una tal Karin West, modelo de profesión, accidentada en la carretera general interestatal 405.

—¿Quién es esa chica?

—Ya se lo dije: una modelo. Desconocida para Loomish. El azar la puso en su camino. La llevó a una clínica cercana, donde ambos fueron asistidos porque también él sufrió heridas cortantes con los vidrios rotos del coche accidentado. Le pusieron una inyección de antibióticos en ese centro. Y ambos se marcharon, con el coche de Loomish, que la condujo a una fiesta donde ella era esperada. Ahí comienza la tercera fase.

—¿Y la fiesta?

—Sí. Fue un party curioso, con piscina, jardines, mucho alcohol, mujeres en bikini y hombres en bañador. Terminó como el resto de la aurora, con la intervención de la esposa de un editor, que atacó a Karin West, yendo ambas a parar a la piscina, de donde Loomish y otros sacaron a las dos mujeres. Regresó a casa, se sintió mal, y fue a un centro hospitalario donde diagnosticaron su envenenamiento fatal. Ésa es toda la historia, a grandes rasgos.

—Ya veo. —Mickey Corvin me estudiaba desde su sofá, meditativo, con el rostro todavía muy pálido—. ¿En qué fase cree usted que pudo ser envenenado?

—En cualquiera de las tres. Resulta difícil concretar. Sufría cortes, heridas de vidrios, le inyectaron antibióticos, bebió, bailó y hasta hizo el amor con una ninfómana en esa fiesta, terminando en la pelea en la piscina. Cualquiera de esos momentos serían propicios para un criminal lo bastante astuto y rápido como para tal maniobra. Y posiblemente Loomish ni siquiera se enteraría de nada. ¿Estamos de acuerdo?

—Pues... sí, creo que sí —frunció el ceño, como pensando de repente en algo—. ¿Y a quien puede beneficiar que Dustin muera?

—Eso quería preguntarle, muy fijo. —¿Usted que cree?

—No sé... Pensé en un tal Bushman, su más directo competidor, nuestro rival comercial más fuerte...

—Yo también. He hablado con Bushman ya.

—¿Y...?

—Es un tipo raro y sospechoso. Pero no creo que tenga nada que ver. Anoche, él no sabía aún que se había firmado ese documento. Matar a Loomish podía ser una solución para evitarlo, es cierto. Sin embargo, me resulta demasiado débil. Loomish hubiese advertido que Bushman se le aproximaba en alguna ocasión lo bastante para inyectarle el tóxico. No, no. Pienso que tuvo que ser alguien de su total confianza.

—Yo no le vi en toda la noche —me objetó Corvin, algo seco—. Y no creo que su amigo Steeger, al firmar contrato, le fuera a asesinar a sangre fría.

—Yo tampoco, pero nunca se sabe. En ese caso, tenemos las dos segundas fases, ambas relacionadas de un modo u otro con Karin West.

—Pero esa mujer nada tenía que ver con Loomish antes del suceso, ¿no?

—Eso parece —moví la cabeza, lanzando un resoplido—. Créame, Corvin: no sé qué' pensar.

Es todo tan confuso... Poca gente se beneficia de la muerte de Loomish: su ex esposa, gracias a un seguro de vida... y usted, al convertirse en el único comisionista de esa empresa que puede obtener todos los porcentajes del contrato con la multinacional, señor Corvin.

—Sabía que acabaría diciendo eso —suspiró Mickey Corvin poniéndose de nuevo en pie—. Soy el principal sospechoso, ¿no?

—Teóricamente, sí. Nadie me asegura que no viese usted anoche a su amigo, sin que él se diera cuenta de ello. La fiesta de la West, con tanto alcohol, gente en bañador y todo eso, es el lugar ideal para una acción semejante. Se asombraría de lo mucho que pueden parecerse unos a otros durante una noche, entre jardines y luces indirectas, cuando todo el mundo va medio desnudo.

—¿Va a acusarme formalmente de algo?

—Ésa no es mi tarea —sonreí—. Me pagan solamente por dar un nombre a mi cliente.

—¿El mío?

—El de su asesino. Sea quien sea.

—¿Cree que ya ha llegado al final de sus pesquisas?

—Oh, no, no —reí amargamente—. Estoy justamente al

principio, señor Corvin. Usted es mi primer sospechoso, ya se lo dije. Pero eso no significa nada. Recuerde las buenas novelas y películas del género: el menos sospechoso suele ser siempre el asesino. Y el sospechoso principal, el inocente.

—Esto no es una novela ni una película, Max. Es la vida misma.

—No lo he olvidado —admití, moviendo la cabeza—. Por eso le dije que estoy empezando justamente ahora. Si recuerda algo que pueda ayudarme, hágamelo saber. Usted es la persona que más sabe de Loomish y de sus cosas, aparte él mismo. Quizá pueda darme alguna razón para que quisiera alguien asesinarle.

Créame que lo pensaré. Y si se me ocurre algo, le llamaré inmediatamente, amigo Max —sonrió tristemente, acercándose a mí—. Le juro que no deseo mal alguno a Dustin. Es mi mejor amigo, Haría lo que fuese por salvar su vida.

—Quiero creerle. Pero nadie puede hacer ya nada en ese sentido, amigo Mickey —le di una palmada cordial en la espalda—. De todos modos, piense en ello. Esperaré su llamada. Pero, naturalmente, no me encontrará sentado en mi oficina. No tengo tiempo para esperar así a nadie. Mis horas están contadas como las del propio Loomish.

Salí del suntuoso despacho. Tenía la desagradable impresión de que estaba dando palos de ciego y girando siempre en un círculo cerrado que no conducía a ninguna parte.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Dónde estaba el verdadero camino, si es que había alguno?

Un nombre me acudió a la mente, como un chispazo cegador: Karin West.

—Karin West... —me dije, mientras descendía en el rápido ascensor del moderno edificio encristalado—. Sí, creo que es el próximo paso. El inevitable...

* * *

—¿Karin West? ¿Ha dicho Karin West?

—Sí, eso he dicho.

—Lo lamentamos, pero no se pueden facilitar direcciones de nuestras modelos —me expuso la mujer alta, esbelta y de cabello ligeramente canoso que me atendía en el vestíbulo del edificio—.

Ella trabaja aquí, ciertamente, como es bien sabido. Sin embargo, solamente el señor Pershing tiene facultades para decidir si proporciona las señas de sus empleadas a cualquiera que las solicite o no.

—Bien, señorita —suspiré, apoyándome en el mostrador de la recepción de *Pershing Publisihong Co*, con aire aburrido—. En ese caso, ¿por qué no me permite hablar con el señor Pershing personalmente?

—Porque él no está ahora aquí. Y aunque estuviese, no se le puede molestar por cualquier cosa —dijo con arrogancia la damisela.

—Esto no es «cualquier cosa», señorita —me irrité—. Se trata de un asunto de vida o muerte, ya se lo dije. Soy detective privado. Mi cliente necesita hablar lo antes posible con la señorita West. Ella... ella fue testigo de algo muy importante.

Le puse ante sus finas narices mi credencial de investigador particular, pero no pareció impresionarle lo más mínimo.

Se limitó a dirigirle una ojeada distraída, y luego se encogió de hombros. Vestía un traje chaqueta tipo sastre, azul marino, con una gardenia artificial en la solapa, como podía haber vestido en sus tiempos Lana Turner o Ana Sother. Pero recordé que ésa era la moda actual: volver a vestir como en los años cuarenta.

—Ya le dije que el señor Pershing no está —se obstinó, moviendo negativamente la cabeza—. Aunque quisiera, no puedo hacer nada por usted, señor... señor Moran.

Era inútil perder el tiempo con ella. Unas muchachas altas, bien vestidas y de considerable elegancia empezaban a salir de un ascensor, para dirigirse a la calle. Al pasar ante ella, la saludaban cordialmente. Todas tenían en común sus largas piernas, sus finos tobillos y su escasez de curvas.

—Está bien —me erguí, malhumorado—. De todos modos, necesito hablar cuanto antes con Karin West, señorita. No soy un curioso ni un periodista entrometido sino un hombre que precisa hacer unas preguntas a esa jovencita lo antes posible, porque la vida de mi cliente depende de ello. Dígame, al menos, dónde puedo encontrar al señor Pershing a una hora determinada...

—Lo siento —volvió a denegarme—. El señor Pershing no acostumbra a informarme de sus movimientos. Trate de verle

mañana a mediodía. Es posible que entonces este él aquí.

—Mañana será ya demasiado tarde —repliqué agriamente—. Para entonces alguien habrá muerto ya sin remedio, señorita. Buenas tardes.

Y me alejé hacia la salida, mezclándome con las bellas modelos de Pershing, camino de la calle. Cuando alcancé la acera, vi que algunas de ellas subían a automóviles que esperaban allí, conducidos por hombres de respetable aspecto. Otras, tomaban taxi o caminaban hacia la cercana parada del autobús, según sus posibilidades.

Me dispuse a subir a mi propio coche, maldiciendo mi escasa fortuna en dar con Karin West, posible eje de toda la trama.

—¿Busca a Karin West?

La pregunta brotó a mi lado, cuando abría la portezuela de mi coche, Giré la cabeza, mirando a quien me la había hecho.

—Sí —dije—. La buscaba.

Una de las modelos de Pershing estaba parada a mi lado. No parecía esperarla nadie. Era alta, como todas ellas, de cabello rubio suave, ojos claros y expresión risueña, Observé que sus curvas eran ligeramente más acentuadas que las de sus compañeras, aunque no demasiado. También era muy joven.

—No pude evitar oírle ahí dentro, hablando con la señorita Latimer —sonrió mi interlocutora con cierta timidez—. Dijo que era detective, ¿no?

—Privado —aclaré—. Trabajo en un asunto, y mi cliente desea localizar a Karin West lo antes posible. Ha sido ella testigo de algo muy importante, señorita...

—Benson. Melody Benson —se presentó—. Es mi nombre. Soy compañera de trabajo de Karin West. Y también de residencia.

—¿De veras? —La miré con renovado interés, enarcando mis cejas.

—Sí —suspiró. Compartimos un pequeño cottage en Bel Air. Pero no la encontrará allí aunque venga ahora conmigo a casa.

—¿Ella va más tarde, acaso? —sugerí.

—Ella no irá por allí esta noche. Ni mañana, posiblemente Tampoco estuvo hoy ni ayer. Su representante la tiene apartada momentáneamente de circulación.

—¿Nesbitt?

—Sí —los claros ojos me miraron sorprendidos—. ¿Le conoce?

—Me gustaría conocerle también. Me hablaron de él. ¿Por qué la tiene fuera de circulación, como usted dijo?

—Parece ser que hay problemas personales con la señora Pershing —explicó ella—. Y también algo relacionado con un productor de cine y un contrato. Nesbitt ha debido pensar que debe empezar a montar ya el mito particular de Karin West, como hace todo el mundo que es alguien en esta ciudad.

—En ese caso, va a ser difícil dar con ella...

—Sí, bastante difícil, sonrió la joven Melody, sin dejar de mirarme con expresión de picardía. —Pero yo sí sé dónde está ella ahora, señor...

—Moran. Max Moran —me apresuré a informarle. ¿De veras lo sabe?

—Sí. Quizá soy la única persona en la empresa que sabe dónde está Karin ahora. Recuerde que ella es mi compañera de vivienda y, por tanto, mi amiga. Me llamó para decirme dónde se alojaba. Y lo cierto es que me pareció nerviosa, extraña. Como si algo la tuviera preocupada o... asustada.

—¿Asustada? —repetí contemplándola gravemente—. ¿Por qué tendría que asustarse una chica de una campaña más o menos publicitaria de su representante?

—No lo sé. Fue solamente una impresión al oírla. Tal vez esté yo equivocada...

—Señorita Benson, puede ser muy importante para ella y para otras personas que yo hable con ella lo antes posible —la rogué, tomándola suavemente por un brazo—. ¿Quiere ayudarme en ello, por favor?

—No sé si debo hacerlo —no dejaba de observarme—. Pero hay algo en usted que me inspira confianza. Quisiera creer que obraré bien si trato de ayudarle.

—Le doy mi palabra de que no sólo no causaré perjuicio alguno a su amiga, sino que posiblemente pueda sacarla de algún problema serio donde esté ahora metida.

—Está bien —se decidió resueltamente—. Confiaré en usted, Moran. Encontrará a Karin en un pequeño hotel de Inglewood. Es el hotel del Rey, en Lincoln Boulevard, entre Culver y Jefferson. Ocupa la habitación 308, con el nombre de Sarah Scott.

—Gracias, señorita Benson —y lo cierto es que me sentía profundamente agradecido hacia aquella bonita muchacha.

—No olvidaré nunca este favor que me hace. ¿La llevo a algún sitio en mi coche?

—No, gracias. No se moleste. Estoy esperando a un amigo que debe llevarme a cenar. Suerte, señor Moran.

—Espero tenerla —le tendió una de sus tarjetas—. Si alguna vez necesita algo, no dude en llamarme a ese teléfono o vaya a verme. Haré lo que sea por usted.

Ella sonrió, guardando la tarjeta, y yo me aleje de Pershing Publisihong Co, cuyo edificio iluminado destacaba en el centro comercial de Los Angeles.

Ahora, cuando menos, sabía dónde encontrar a Karin West. Conduje rápidamente hacia Inglewood. Sólo cosa de cinco manzanas más allá, me di cuenta de que me seguían.

CAPÍTULO VI

Era un coche color mostaza, de reciente modelo.

No había en él nada de particular, ni resultaba ostensible su modo de seguirme. Podía haber sido simple coincidencia que siguiéramos la misma ruta, pero el instinto me dijo que no era así. Y yo acostumbro a fiarme a menudo de mi instinto.

Traté de vislumbrar quién iba al volante, pero no resultaba fácil, porque el coche conservaba la distancia, y el reflejo de las luces urbanas en el parabrisas dificultaban aún más esa tarea. Reduje la velocidad de mi coche, y mi perseguidor hizo lo propio, manteniendo la misma separación entre ambos.

Tal vez mi visita a la editora de Pershing no hubiera sido del gusto de alguien. La fría e inaccesible señorita Latimer podía haber dado la alarma a alguna persona interesada en saber dónde estaba ahora Karin West... o con interés en que yo no llegase nunca a entrevistarme con ella, que todo podía ser.

Nunca me ha gustado que me sigan, tal vez porque ésa es una de las tareas que yo acostumbro a hacer con los demás. De modo que me decidí a intentar burlarle.

Acelere bruscamente, cuando me aproximaba a un semáforo en ámbar, y salvé el paso de peatones justo cuando cambiaba al rojo. Eso no detuvo a mi seguidor, aunque le delató de modo definitivo. Oí maullar sus neumáticos, gritó algo un peatón asustado, y el vehículo color mostaza dejó atrás el semáforo, tras pasarlo en rojo. Para entonces, yo viraba en una esquina concurrida, metiéndome entre una furgoneta y un coche blanco, con un viraje peligroso, ya sin enmascarar mis intenciones. Tampoco él lo intentó, porque logró virar en el mismo punto, adelantó sobre la acera a la furgoneta, pegando un buen susto a una anciana que paseaba su

perro, y siguió en pos mío inexorablemente.

Las cartas ya estaban sobre la mesa. El tipo, fuese quien fuese, no ocultaba su empeño en seguir tras de mí. Quizá incluso era posible ahora que, caso de detenerme y enfrentarme a él, me costara la vida. Yo llevo siempre conmigo mi revólver, pero él podía usar armas más demoledoras. Y también podía haber más de uno en aquel coche.

No tengo madera de héroe, de modo que aceleré más aún, y me metí por un pasaje, derribando cubos de basura y haciendo saltar desperdicios por los aires, para virar un poco más allá y, a toda velocidad, meterme por un bulevar sin que ello me permitiera despegarme de mi obstinado perseguidor.

Aquello empezaba ya a irritarme, de modo que resolví jugarme el todo por el todo sin perder más tiempo. Pisé a fondo el acelerador, volví a doblar en otra esquina y luego en otra, acercándome a un club que conocía bien, el Golden Dragon.

Llegué cerca de él, volví a virar, y frené en seco ante el local, en un amplio *parking* repleto de coches. Bajé del mío de un salto y penetré en el club, saludando de paso al portero, que era un viejo conocido. Por la esquina inmediata, surgía ya el coche color mostaza, haciendo rechinar sus neumáticos sobre el asfalto.

Le oí frenar cuando yo me adentraba ya en el establecimiento, sonreía al barman, sin parar de correr, y llegué al fondo, penetrando hasta las cocinas. Dos o tres empleados, viejos amigos también, se pararon al verme, pero ni perdí el tiempo en saludarles.

—Me siguen —les dije—. Voy a usar la salida de servicio.

Asintieron. Alcance la puerta trasera y salí a un estrecho pasaje, por el que corrí hasta otro bulevar inmediato. Allí, jadeante, detuve un taxi, subí a él de un salto y le di la dirección en Inglewood. Arrancamos de allí.

Miré' atrás.

No se veía ni rastro de mis perseguidores todavía, en la puerta de servicio del Golden Dragon.

Respiré hondo, complacido. Había logrado deshacerme momentáneamente de ellos.

La puerta se entreabrió un momento.

—Abra más, señorita Scott, por favor —le dije con voz calmada—. Tiene que firmarme y recoger el paquete...

—

¿Qué' paquete?

—preguntó, desconfiada, asomando por la rendija—. No espero ninguno...

—Lo envía el señor Nesbitt. El vendrá enseguida. Ha sido algo imprevisto. Quiere que usted guarde esto. Es muy importante. Eso me dijo. Pero debía confirmar que usted recibía en persona el envío, también me insistió en ello.

—Está bien —respiró hondo ella, cerrando, para volver a abrir, ya sin cadena, dejándome paso franco—. Démelo y firmaré.

Yo alargué la caja de zapatos vacía que había embalado en papel manila. Cuando ella la tomó, me limité' a

darle un empujón, entrar y cerrar la puerta tras de mí.

Karin West me contempló con gesto de pánico, y pareció a punto de chillar o de intentar la fuga por la escalera de incendios que se vislumbraba por la ventana, recortándose contra los guiños de luz de un cercano luminoso.

—No se asuste, señorita West —la dije con rapidez—. Soy un amigo.

—¡Me engañó! —gimió ella, muy pálida, retrocediendo ante mí—. No es mi amigo. Ha entrado aquí con un falso pretexto... Si no se va, llamaré' a la policía...

Alargó la mano hacia el teléfono. El conserje del Hotel del Rey no lo había utilizado para anunciar mi llegada, gracias a los veinte dólares que le había dado. Posiblemente ahora tampoco le daría línea aunque la pidiera.

Aún así, evité que descolgara y la tomé con brazo firme, sin causarla daño. Ella parecía realmente aterrada. Era bonita, muy bonita, y tenía el espléndido tipo que tienen todas las modelos. Pelirroja, ojos verdes, suave belleza. Muy atractiva. Pero estaba muerta de miedo.

—Tranquílcese —la conforté—. Insisto en que nada tiene que

temer de mí. Estoy aquí para ayudarla, si es que necesita ayuda.

—No lo creo. No hubiese usado esas tretas. Además, no le conozco de nada...

—Tenía que llegar hasta usted, y no era tarea fácil. He hablado con su amiga Melody Benson. ¿Eso la tranquiliza?

—Melody... —Pareció sorprendida—. ¿Ella le envió aquí, le dio mi dirección?

—Eso importa poco ahora —eludí—. Lo que quisiera saber es por qué Nesbitt la ha encerrado en este hotelucho con falso nombre, señorita West. Eso no forma parte de ninguna campaña de promoción para crear el mito de Karin West, estoy seguro.

—El... él es mi representante. Juzgó conveniente hacerlo así.

—Mire, señorita West, usted está asustada por algo. El la ha escondido, en el más exacto sentido de la palabra, porque también teme algo, sea ello lo que sea. ¿Se relaciona eso con su accidente de automóvil de la última noche?

—¿El accidente? —Me miró, angustiada—. ¿Cómo..., cómo sabe eso?

—Soy detective privado —le explique pacientemente—. Y mi cliente se llama Dustin Loomish. ¿Le explica eso algo?

—Loomish. Es el nombre del que me llevó a la clínica... —Sus grandes pupilas verdes se fijaban en mí con estupor—. No entiendo qué sucede. ¿Por qué me busca usted? No tengo nada que ver con Loomish, salvo mi gratitud por haberme ayudado en aquel trance...

—Señorita West, entonces pruebe esa gratitud tratando ahora de ayudarle a él —la sugerí gravemente.

—¿Es que él necesita... ayuda? —preguntó, perpleja.

—Sí. Una ayuda que difícilmente encontrara en su caso —asentí sombríamente—. Anoche, mientras estaba con usted, alguien le envenenó. Le inoculó un tóxico lento en la sangre, cuya acción es imposible de detener por no conocerse antídoto alguno. Está muriéndose. No pasará de primeras horas de la mañana.

—Dios mío... —Se tapó la boca con una mano crispada—. No puede ser cierto.

—Lo es. Tiene mi palabra de honor, señorita West. El me contrató para dar con su asesino antes de que él muera. Quiere irse al otro mundo sabiendo quién lo hizo y por qué. Cree que será un alivio morir, sabiendo que el culpable va a pagar su crimen.

Los ojos de Karin West estaban ahora cuajados de llanto. Miraba con patetismo hacia mí, como si todo el horror de aquel hecho fuese penetrando lentamente en su cerebro, anonadándola.

—Es... es horrible —jadeó—. Pobre señor Loomish... ¿Por qué, por qué...?

—Eso es lo que él, yo y todos nos preguntamos: ¿por qué? ¿Quién podría tener interés en asesinar a un hombre que nada tiene que ver con asuntos capaces de provocar una muerte violenta, al menos en apariencia? Todo pudo comenzar cuando la conoció a usted en aquel coche accidentado. Señorita West, tengo que saberlo. Dígame por qué está aquí escondida, por qué tiene miedo, qué juego se trae su representante, Nesbitt, entre manos... Tal vez eso me ayude a encontrar una explicación a lo que no la tiene aparentemente.

—No puedo comprender que exista la menor relación entre ese horrible suceso que usted menciona y lo ocurrido anoche en la carretera. Es algo sin sentido.

—Hasta ese momento, la vida de Dustin Loomish había seguido una trayectoria normal, rutinaria. Es un hombre de negocios, y nada más. Apenas el azar les unió a ambos, comenzaron a suceder cosas. ¿No es cierto que hubo un enfrentamiento violento en la fiesta donde usted estaba invitada?

—Oh, eso... —Ella se encogió de hombros—. Fue algo ridículo. La esposa de mi jefe, el editor Pershing, se sintió celosa y me agredió. Terminamos las dos en el fondo de la piscina. Recuerdo que unos cuantos invitados nos rescataron y separaron, eso fue todo.

—Uno de esos hombres que la rescató era el propio Loomish.

—No me di cuenta. Tal vez fuese así, todo es muy confuso lo que recuerdo de ese momento. Es posible que el interviniera. Es un auténtico caballero, un hombre encantador.

—Pronto dejará de ser todo eso. Incluso un ser viviente —la recordé con cierta crueldad.

—Oh, cielos, no me lo recuerde... —Se estremeció, ocultando el rostro entre sus manos—. Pobre Loomish...

—¿La señora Pershing iba sola anoche? —pregunté fingiendo no darme cuenta de su emoción.

—No, nunca va sola. Por eso se aprovechó, atacándome. Sabía

que no quería defenderme, por miedo a su esbirro.

—¿Esbirro? —me interesé—. ¿Qué esbirro?

—Su inevitable compañero: Tony Ross. Una especie de chulo a sueldo, capaz de escoltarla, de protegerla de cualquier otro, y sin duda alguna también capaz de acostarse con ella cuando se lo pida esa dama que se las da de moralista y persigue a su marido sin motivo.

—¿Sin motivo? —indagué—. ¿Es cierto que no hay nada entre usted y Pershing?

—Claro que no. Es sólo mi editor, el hombre que vende las revistas para las que yo poso como modelo a cambio de un contrato no demasiado beneficioso para mí. Eso es todo.

—Creí que cuando una mujer se siente celosa, es con algún motivo.

—Tal vez su amado esposo tenga una amante, pero ésa, desde luego, no soy yo, ni mucho menos. Se lo prometo, señor...

—Moran. Maxwell Moran —sonreí—. Los amigos me llaman Max. Hágalo usted también, señorita West.

—Gracias —me sonrió a su vez débilmente, bastante menos asustada—. A cambio de que yo sea para usted solamente Karin.

—De acuerdo, Karin. Creo en su palabra. Pero entonces, ¿por qué esa manía de la señora Pershing, precisamente contra usted, entre tantos modelos?

—Alguna de ellas debe tener algo con Pershing, y ella fue mal informada. No me explico otra cosa, la verdad.

—Supongamos que eso es cierto: ¿por qué está escondida ahora? ¿Qué juego se trae su amigo y representante Nesbitt entre manos?

—No lo sé —confesó encogiéndose de hombros—. Ésta ha sido una idea suya. Y yo he tenido que seguirla.

—¿Por qué motivo? ¿Existe alguna razón para que se preste a este juego, Karin?

—No, ninguno. Robin me dijo que debía dejar mis sitios habituales durante unos días, si no quería verme metida en problemas, y que eso iría bien para mi futura carrera cinematográfica. Yo le hice caso. Por algo es quien lleva todos mis asuntos.

—Pero usted tiene miedo a algo, Karin —la apunté, pensativo.

—¿Miedo? —Se movió desasosegada, incómoda—. ¿Por qué cree

eso?

—Porque es cierto. Hay algo más de lo que dice, Karin. Tal vez esté haciendo al pie de la letra lo que Robin Nesbitt la indicó, pero usted sabe o sospecha algo que ha logrado asustarla. Debe decirme lo que es.

—No, no me ocurre nada de lo que usted dice —me rechazó, casi enfadada—. No puedo ayudarle en su tarea, Créame. Nada tengo que ver con lo de Loomish, se lo juro.

—Quisiera creerla, pero tal vez aun sin saberlo, algo la relaciona con la muerte a plazo fijo de mi cliente. Y lo malo es que no sé lo que ello pueda ser. De todos modos, va a salir de aquí conmigo, y vamos a intentar trabajar juntos para descubrir lo que está ocurriendo realmente...

—No hará nada de lo que dice, maldito entrometido —dijo una voz a mis espaldas bruscamente.

Me volví. Alguien había entrado en la habitación del hotel con suficiente sigilo como para no darme cuenta de ello. Una sombra se proyectó sobre mí, al tiempo que la voz aguda de Karin West gritaba con tono de angustia:

—¡No, Robin, no! ¡No lo hagas...!

Pero el maldito bastardo lo hizo. Fue como si la pared entera cayese sobre mi cabeza. La sentí estallar en mil pedazos, la figura humana a mis espaldas me pareció repentinamente deforme y monstruosa, unos ojos azules y fríos me examinaron críticamente mientras me bamboleaba, y por fin terminé yéndome de bruces hacia el suelo, donde me estrellé de cara, quedándome sumergido en una repentina hondonada oscura, helada y viscosa, que me envolvió, despejándome de toda consciencia.

* * *

—Amigo, menos mal que se ha recuperado... Creí que estaba muerto.

—Yo también empiezo a pensarlo, ahora que puedo pensar —gruñí, sentándome en el suelo y tocándome la nuca. Al retirarla, mis dedos aparecían manchados de rojo oscuro y coagulado. El dolor fue agudo y me produjo náuseas—. Maldito cerdo. Me pegó con ganas...

—Eso es evidente —admitió el conserje del hotel, preocupado, mirando en torno—. Los dos se han largado, hombre y mujer. ¿Va a avisar a la policía acaso?

—No, no ganaría gran cosa con ello —me lamente, mirando mi reloj. Eran ya las ocho y media pasadas. Debía llevar allí más de media hora—. Ella ni siquiera se llamaba Sarah Scott. ¿Se llegó a registrar él también?

—No, no —rechazó el conserje—. Dijo que era amigo suyo. No tenía llave de esta habitación.

—Pero debía tener una llave maestra para tales casos —recordé su entrada sigilosa y su ataque por sorpresa—. Si tiene un trago de *whisky* o *brandy*, se lo agradecería. Esto duele mucho.

Había logrado ponerme en pie y apoyarme en la pared. El tipo de la conserjería me ayudó, pasándome un brazo por la axila, y afirmó.

—Venga conmigo abajo, amigo. Tengo un frasco de *whisky*. No es muy bueno, pero servirá.

No, maldita sea. Era muy malo. Pero sirvió. Cuando me hube bebido un buen trago y había echado un chorro sobre la nuca, haciendo arder dolorosamente mi herida, me sentí bastante mejor, aunque sacudido por una serie de escalofríos.

—Tome —le puse un billete de cinco dólares en la mano—. Y gracias, amigo.

—No tiene que pagarme nada —trató de rechazar—. Ya me dio antes bastante dinero.

—Es igual. Guárdelo, amigo. Y otra vez, compre mejor *whisky*. Adiós.

—¿Cree que está en situación de ir a alguna parte? —se alarmó él—. No quisiera leer mañana o pasado que encontraron su cadáver en cualquier sitio...

—Procuraré complacerle —reí agriamente—. Buenas noches, amigo.

Abandoné el Hotel del Rey. Ya no circulaban demasiados taxis por aquella zona de la ciudad, pero tuve la suerte de encontrar uno a cosa de tres manzanas del local, y le di la dirección de mis oficinas de Wilshire. Me dejé caer en el asiento, retrepándome con pereza. Empezaba a sentirme cansado. Y lo malo es que no resultaba fácil imaginarse que podría disponer de tiempo esa noche

para acostarme. La vida de mi cliente se extinguía por momentos, en alguna parte de aquella ciudad, y yo disponía tan sólo de unas doce horas para resolver su asunto, si es que eso era posible.

El taxi se detuvo frente al edificio de apartamentos y despachos donde yo tenía mi oficina. Pagué la carrera y caminé hacia la puerta, sintiéndome todavía vacilante por el intenso dolor que parecía trepanar mi cráneo, por debajo del cuero cabelludo.

Acababa de pisar la acera cuando el automóvil se detuvo junto a mí, y una voz suave, untuosa, me invitó desde la ventanilla de la portezuela delantera:

—¿Quiere entrar un momento, señor Moran, por favor?

Le miré, sorprendido. Iba a negarme, pero rectifiqué. Me lo pedía por favor, es cierto. Sin embargo, apoyaba su petición pistola en mano, apuntándome sin rodeos. Era una automática provista de silenciador. Si apretaba el gatillo, nadie oiría nada. Pero a mí me agujerearía la cabeza sin remedio.

—No puedo negarme ante una persona educada —dije con ironía, mientras él abría la portezuela posterior con su mejor sonrisa—. Claro que entraré, amigo.

El tipo del volante era de piel atezada, como alguien habituado a tomar el sol y el aire libre, dientes blanquísimos por contraste, facciones viriles y pelo muy negro, aceitoso y ondulado. Vestía un terno gris claro muy caro y bien cortado. Observé que la carrocería del coche era azul metálico y no color mostaza, antes de entrar.

Cuando me hube acomodado en el asiento posterior, advertí que no estaba solo. Alguien se sentaba a mi lado.

Y era una mujer.

Arrancamos a velocidad moderada. Observe que el chófer de la blanca sonrisa tenía las espaldas tan anchas como las de Johnny Weissmuller, el famoso «Tarzan» de otros tiempos. Y que la dama vecina mía vestía elegantemente, llevaba una larga abertura en su falda, lateralmente, permitiendo descubrir su espléndido muslo enfundado en tersa media color humo. Parecía toda una dama. Un gorrito de piel cubría su cabeza, de cabello color rubio ceniza.

—No tiene nada que temer, señor Moran, a pesar del arma de Tony —dijo ella.

Tony. Mis células funcionaron como un circuito electrónico. Yo había oído antes ese nombre poco antes, En labios de Karin West:

Tony Ross. El guardaespaldas de la señora Pershing, la celosa mujer del editor Roger Pershing.

—¿Por qué la utiliza, entonces? —indagué—. ¿Por divertirse?

—Era mejor intimidarle de momento —sonrió ella en la penumbra—. Así no objetaría nada a venir conmigo y charlar un poco los dos, señor Moran.

—Supongo que usted es la señora Pershing.

—Exacto. No es usted tonto, ¿eh?

—Sencillamente recordé que llevaba un «gorila» guapo a su lado. Eso fue todo.

—Soy Melba Pershing. ¿Le han contado lo ocurrido con Karin West?

—Claro. ¿Y a usted quién le contó que yo estoy metido en esto?

—La señorita Latimer, cuando estuvo usted esta noche en nuestra empresa. Me mostró su tarjeta de visita, y vine a verle. Supo que no estaba en su oficina, y esperamos por si venía usted, como así ha sido.

—¿Cuál es su interés en mi persona?

—¿Y el suyo en Karin West? —replicó ella vivamente.

—Digamos que se relaciona con un cliente mío —hablé con tacto.

—¿Qué cliente?

—Secreto profesional —sonreí.

—¿Está trabajando para Nesbitt?

—¿Robin Nesbitt, el representante de Karin West? No, no. ¿Qué le hizo pensar eso?

—Nesbitt dice que ignora dónde está Karin. Ella ha desaparecido.

—Ya —me toqué la nuca, malhumorado—. Vea esto: me lo hizo Nesbitt hace un rato. Sabe dónde está Karin. El la oculta. Me pegó fuerte cuando me vio charlar con ella.

—¿Dónde?

—Ya no importa decirle el sitio. Un hotel de mala muerte. Escaparon de allí durante mi inconsciencia. Hay algo en todo eso que no me gusta nada, señora Pershing.

—

¿Qué' es?

—No lo sé. ¿Usted no puede ayudarme?

—Esperaba que usted me ayudase a mí.

—¿A qué?

—A encontrar a Karin West.

—Ya le dije lo que ocurre: Nesbitt la oculta. No sé por qué, pero lo hace. ¿Lo sabe usted acaso?

—No. Nesbitt mismo parecía interesado en dar con ella. Nos engañó bien a todos. Cuando vuelva a verle, le diré unas cuantas cosas a ese caballerete...

—No creo que lo vea de momento. Se ocultara con ella sin duda alguna, por la razón que sea Señora Pershing. ¿Qué tiene usted contra Karin West, exactamente?

—Es asunto de mujeres, Mason.

—Creo que ella no la engaña con su marido, señora. Podría jurarlo.

Me escudriñó desde la sombra. Su muslo rozaba el mío, y me producía cierto desasosiego. Era una mujer madura pero llena de sensualidad. Observé que bajo su blusa de satén rosado palpitaban dos senos sin sujetador, de esplendida apariencia.

—Tal vez no —admitió vagamente—. Pero le ésta chantajeando ahora.

—¿Chantaje? ¿Con que procedimientos?

—No lo sé. Imagino que con alguna anterior relación mutua. O con algo peor.

—¿Tiene evidencias?

—Algunas. Mi marido está abonando sumas bastante elevadas en una determinada cuenta bancaria cuyo titular no he logrado saber quién es, pese a mis investigaciones en torno a ello. Y eso que poseo medios abundantes para averiguar ciertas cosas.

—No lo dudo. Sumas importantes, ¿eh? ¿Por qué tendría que ser Karin West precisamente?

—Es una idea fija que tengo. Esa chica esconde algo. Está metida en un asunto turbio. Me gustaría saber cuál es. ¿Por qué le interesa a usted la chica?

—Es una larga historia. Creo que no tiene nada que ver con usted o su esposo, señora Pershing.

—Puede llamarme. —Melba dijo, apoyando una mano en mi rodilla—. ¿Quiere trabajar para mí, Moran? Podría pagarle muy bien.

—Lo siento —negué con la cabeza—. Me debo a un cliente ya. No sería ético.

—¿Ese cliente suyo puede de alguna forma estar en contra mía, llegado el momento? —me preguntó con recelo.

Me encogí de hombros, limitándome a responder:

—Lo dudo mucho, señora. Mi cliente ya no estará vivo mañana. ¿Responde eso de alguna forma a su pregunta?

—No lo sé —sus ojos me estudiaron con cierta perplejidad. Y sus dedos, maldita sea, apretaban mi rodilla. Su muslo rozaba el mío. Me dije que yo no engañaría a una mujer como aquélla, y menos siendo mi mujer. No sólo tenía clase, sino que destilaba sexo por todos sus poros—. ¿Qué le pasa a su cliente? ¿Está enfermo?

—Agoniza por momentos —suspiré—. Es una historia increíble. El me contrató para que descubriese un sórdido crimen antes de que él muera. Yo he pensado que ese crimen puede tener alguna relación con Karin West.

—Parece que mis intereses y los de su cliente no pueden chocar entre sí —apuntó ella—. ¿Por qué no acepta trabajar para mí, Moran?

—

¿Que' tendría
que hacer, en ese caso?

—Encontrar a Karin West. Y saber por qué chantajean a mi esposo. Sería todo.

Medité. Mi maldita herida me dolía mucho, Y eso era obra de Nesbitt, el representante de Karin West. No era ninguna inmoralidad profesional responder afirmativamente a la señora Pershing. Al menos, de momento. Aun así, obré con cautela.

—Digamos que acepto —suspiré—. Y que seré fiel a su encargo, pero sólo hasta cierto límite. Si sus intereses y los de mi primer cliente son antagónicos en algún momento, dejaré de trabajar en su beneficio, señora.

—Me parece razonable —sonrió ella, apretándome la rodilla con su mano y con su pierna—. Aceptado, Moran. ¿Sus honorarios?

—Los normales: doscientos cincuenta dólares diarios, gastos incluidos.

—Conforme —se inclinó—. Para frente al edificio donde el señor Moran tiene su oficina, Tony. Y dame mil dólares en efectivo.

—Sí, señora —dijo él, sin inmutarse en apariencia. Pero la mirada de sus fríos y negros ojos de reptil, a través del retrovisor, me resultó hostil y hasta maligna—. Enseguida cumpliré sus instrucciones.

Frenó' suavemente

en el mismo punto donde me recogiera pistola en mano. Alargó a su patrona diez billetes de cien, nuevos y crujientes. Ella se limitó a ponerlos en mi mano. Sus ojos estaban fijos en mí.

—Suerte, Moran —me deseó—. Espero noticias tuyas. Tengo su tarjeta. La señorita Latimer no la necesitaba para nada. Tome la mía, por favor. Pero hable sólo conmigo, no con mi marido. ¿De acuerdo?

—Totalmente —guardé el dinero. Ella me tendió su mano. La tomé. Y para sorpresa mía, la condujo hasta su seno, apretándose un pecho con ella. Bajo mis dedos, noté la carne dura, palpitante y firme. Me sentí excitado, lo confieso. Uno, después de todo, que diablos, además de detective también es un hombre.

—Nos veremos —dijo en un murmullo lleno de sugerencias—. Adiós, Moran.

—Buenas noches, Melba —respondí, dirigiéndome a la casa.

El coche azul metálico se perdió tras una esquina. Abrí la puerta.

En ese momento, otro coche surgió de la noche y la oscuridad, por la manzana contraria. Rodó ante mí, a toda velocidad. Algo en su marcha me hizo girar, sobresaltado. Otra vez mi instinto. Pero un poco tarde.

Resonaron varios disparos sordos, silenciados y ásperos. Vi los fogonazos, me tiré al suelo, soltando un juramento soez.

Sentí el metal candente en mi cuerpo. Y la sangre corriendo por mis ropas, hasta salpicar el asfalto de la acera.

CAPÍTULO VII

Cuando empuñé mi revólver, el coche desaparecía por la esquina inmediata, sin haber reducido la velocidad en ningún momento. Sus neumáticos maullaron agriamente al tomar la esquina. Disparé, y el estampido de mi arma pareció hacer añicos mi cráneo, pero el fogonazo y la bala no servían de nada. No era posible alcanzar a aquel maldito automóvil.

Luego, caí de espaldas al intentar incorporarme. Me sentía muy débil, todo giraba en torno mío, y la cabeza me dolía más que nunca, formando una especie de cerco de apretado hierro en torno a mi nuca, mis parietales y mi frente. Me sentía realmente mal, pero eso significaba que continuaba estando vivo. Los muertos no se deben sentir ya ni bien ni mal.

En alguna parte sonó el silbato de un policía. No tenía ganas ahora de ser conducido a un hospital, porque eso significaría el fracaso final. Loomish tendría que morirse sin saber quién le envenenó, mientras yo permanecía encerrado en una habitación blanca y aséptica. No me gustó esa posibilidad.

Tal vez fue eso lo que me dio las fuerzas suficientes para ponerme en pie de nuevo, tambaleante, apoyado en la solidez del muro, y ver cómo corría la sangre por mi muslo y cadera, de un feo agujero abierto en mis ropas a la altura del costado izquierdo. Interiormente, no me producía grandes dolores. Tal vez tuviera suerte y fuera solamente un rasguño demasiado escandalosos. Tal vez. De esas cosas nunca se está seguro del todo.

Lo cierto es que pude abrir la puerta, entrar en el vestíbulo, sin encender luces para no ser advertido por la patrulla policial que pronto apareció en la calle, indagando el motivo de aquel único disparo realmente sonoro percibido en la noche, y subí por las

escaleras, en vez de usar el ascensor, sujetando con fuerza mi herida del costado, hasta el piso donde tenía mi despacho.

Sorprendido, vi luz tras el vidrio esmerilado de la puerta.

Recordé' a

Cynthia, mi nueva y flamante secretaria, y solté una imprecación. La había olvidado por completo, en la vorágine de los acontecimientos y entrevistas de aquel día. Allí continuaba la pobre muchacha, en vela permanente, esperando mis llamadas sin duda.

Caminé lentamente hasta aquella puerta, introduje la llave en la cerradura y abrí lo mas sigilosamente que pude. Cynthia me contemplaba, en pie junto a uno de los archivadores, con ojos muy abiertos y expresión alarmada.

—Usted, jefe... —musitó—. ¿Qué le ocurre? Abajo, en la calle, sonó un disparo hace poco...

Entré. Cerré tras de mí. Es todo lo que pude hacer. Caí ante Cynthia Barnes, primero de rodillas, y luego de bruces. Ella vio mi mano ensangrentada y corrió hacia mí con un gemido.

—No avise a... nadie —jadeé, sintiéndome peor que nunca—. Hay un pequeño botiquín en ese armario... Si puede, utilícelo, por favor. Cualquier cosa menos llamar a un médico o a la policía. Tengo un buen golpe en la cabeza y un balazo en el costado.

—¡Dios mío! —se lamentó, poniéndose de rodillas a mi lado—. Pero ¿qué locura es ésta, jefe? ¿Acostumbra a volver siempre así a su oficina?

—No siempre —tuve ánimos incluso para sonreír—. No siempre, encanto..., por suerte para mí.

Luego, dejé caer mi cabeza. No perdí del todo el conocimiento, pero me sentí flotar en una bruma hecha de confusiones, dolor y cansancio. Vagamente, creí advertir que mi secretaria se ocupaba de mi persona con admirable serenidad.

—Está como nuevo. Algo parcheado, pero bastante mejor que cuando llegó.

Incluso tenía sentido del humor. La miré, perplejo. Parecía tener razón. Ya no me dolía tanto la cabeza. Había algo en ella, un apósito o algo así. Y en torno a mi cintura, había envuelto una amplia venda, tras limpiarme la herida y desinfectarla, con encomiable voluntad sin duda. Una enfermera profesional no lo hubiera hecho mejor, me dije al ponerme lentamente en pie y poder

moverme por la oficina, sin sentir otra cosa que ligeras palpitaciones en mi occipital y un tirón algo doloroso en el costado, donde la bala me golpeará.

—Tenía orificio de entrada y salida, justamente sobre el hueso —me informó ella, limpiándose las manos en el lavabo—. Tuvo suerte. Apenas un rasguño, pero con mucha hemorragia. Lo de la cabeza era menos serio, aunque más doloroso. ¿Se siente mejor, jefe?

—Infinitamente mejor —resoplé—. Tendré que subirle pronto el sueldo, Cynthia.

—Ya hablaremos de eso en otra ocasión —sonrió—. Apenas he empezado a trabajar para usted. Se supone que una secretaria ha de ser eficiente en todo, especialmente cuando se trabaja para un detective privado.

—Diga que trabaja para un maldito patán —me enfurecí—. En poco tiempo he hablado con media ciudad, me han golpeado la cabeza, se me ha escapado una mujer de entre las manos, que puede tener la clave de todo, me han secuestrado en un automóvil a punta de pistola, y han disparado luego otros tipos sobre mí, en la puerta de mi casa. Pues bien, después de todo eso, veo tan claro como al principio.

No sé nada de nada, ni entiendo apenas nada. ¿No es eso para devolver la licencia y dedicarme a cultivar hortalizas?

—No se desespere, jefe —suspiró ella, sirviéndome una taza de café caliente—. Todo tendrá su sentido. Puede que esté algo confuso todavía, pero está trabajando demasiado deprisa, contra reloj. No es fácil aclarar así las ideas. Tómese ese café y descanse un poco, se lo ruego.

—No puedo descansar demasiado —miré mi

reloj por enésima vez—. Son ya las diez y veinte de la noche. Apenas si le quedan diez horas de vida a mi cliente, Cynthia. Y no le llegado a ninguna parte todavía...

—Le pidieron un imposible, jefe.

—Y yo acepté. ¿Ha estado pasando a limpio mis notas?

—Sí. Por eso he estudiado los detalles del caso con más calma que usted —me confesó, señalando los folios mecanografiados que había sobre la mesa, junto a la máquina de escribir—. No tienen

mucho sentido, la verdad. Comprendo que esté usted desorientado. Es un asunto muy raro.

—Mucho —admití de mala gana—. Por el momento, no veo motivo alguno para matar a Dustin Loomish. Pudo haber sido su competidor comercial, pudo haber sido su ex mujer por causa de esa póliza de seguro de vida, e incluso su socio y amigo, Mickey Corvin. Pero no lo veo tan claro. Su ex mujer ignora la existencia de esa póliza. Y los otros dos, no me parecen culpables.

—¿Entonces...?

—Sigo pensando que la clave está en ella: Karin West.

—¿Ha hablado con ella?

—Sí, pero como si nada. Afirma que nada sabe. Cuando pude haberla sonsacado algo, me atizaron por detrás y se la llevaron de allí sin dejar rastro. Eso sí, ella está asustada, muy asustada. Y su representante y amigo, también. Debí golpearle pensando que había ido a causarles algún daño. Luego, ella le convencería de que era sólo un detective privado al servicio de Loomish, y me dejaron con vida.

—O quizás pretendieron deshacerse de usted porque uno de ellos envenenó a su cliente —apuntó Cynthia, pensativa.

—Quizás —susurré—.

No sé nada

de nada aún. Y el tiempo se acaba, maldita sea...

—No puede continuar trabajando así. ¿Por qué no se acuesta un rato y descansa, jefe?

—Porque no puedo permitirme ese lujo —negué rotundamente—. Tengo que continuar en esto hasta el final. ¿Alguna llamada de interés, Cynthia, durante mi ausencia?

—No, ninguna. Sólo falté un rato, para bajar a por algo para cenar, pero puse el contestador automático y lo comprobé al regresar. No llamó nadie.

—Tiene que haber algo en alguna parte, Cynthia... —murmuré, dando paseos por mi despacho como un animal enjaulado—. Lo que sea, pero tiene que haberlo. No puedo estrellarme contra un muro de ladrillo una y otra vez, por todos los diablos...

—Tal vez era una simple premonición. Lo cierto es que el teléfono sonó en ese momento.

Cynthia y yo nos miramos en silencio. El cacharro seguía

sonando. Ella hizo acción de descolgar.

—No, deje —advertí, rápido—. Si oyen otra voz que no sea la mía, pueden colgar. Yo contestaré.

Alcé el teléfono, mientras ella asentía, fija su mirada en mí. Pregunté:

—Maxwell Moran. ¿Quién es?

—Soy yo, Moran... ¿Me recuerda? —Sonó una tímida voz de mujer al otro lado del hilo.

Claro que la recordaba, maldita sea. Susurré su nombre, apretando con fuerza el teléfono:

—¡Karin _West! ¿Dónde está metida ahora?

—Se lo diré. Tengo miedo, Moran. Mucho miedo...

—Eso ya se lo noté antes. Cuando su amiguito me dejó la cabeza chafada, ¿recuerda?

—Lo... lo siento —gimió—. De veras siento todo lo ocurrido. Debí confiar en usted. Pero Nesbitt está como loco, más asustado aún que yo... Moran, necesito verle, hablar con usted... Quiero terminar con todo esto de una vez por todas...

—Dígame donde está, y la ayudaré, maldición, aunque debería estrangularla —gruñí malhumorado—. ¿Cuál es el nuevo escondrijo que se ha inventado su amiguito?

—¿No puede oírnos nadie ahora, Moran? —El terror asomaba a su voz.

—No, nadie —rechacé con aspereza—. Nadie que no sea de fiar, Karin. Dígame dónde está, e iré a recogerla para ponerla realmente a salvo de aquello que pueda temer. Confíe en mí, muchacha. Soy su amigo, aunque no debería serlo.

—Sí, confiaré en usted. La verdad es que Robin no debió portarse así con usted, pero tiene tanto miedo como yo. Estoy en Bel Air, cerca de mi casa... Ahí, nadie pensaría en buscarme, porque me imaginarán lejos de mi propia vivienda habitual. Estoy entre San Diego Freeway y Beverly Glen Boulevard, en la Urbanización Beverly View, *bungalow* 3040. No se demore, por lo que más quiera.

—Está bien —terminé de apuntar con rapidez en un papel que Cynthia me tendiera—. Beverly View, *bungalow* 3040. No tardaré. Sobre todo, permanezca ahí y no me haga otra jugarreta, Karin. Piense que todo puede depender de usted, me lo dice el corazón.

Colgó, incorporándome con rapidez, presa de rara excitación.

Me quedé mirando a Cynthia.

—Parece que aún puede arreglarse algo. Si esa chica es realmente la clave de todo este embrollo tenemos la solución muy cerca, Cynthia. ¿Quiere venir conmigo?

—¿De veras puedo hacerlo? —dudó ella, mirándome con ojos muy abiertos e ilusionados.

—Claro. Si se queda aquí, la noche le resultara muy larga, y tampoco demasiado segura. Por lo que he podido advertir, este edificio está demasiado vigilado por gente provista de armas de fuego, y eso no es saludable para una chica sola. Vamos, prepárese. Nos iremos ahora mismo.

—Un momento solamente —me pidió—. Me arreglo en un instante y nos vamos, jefe.

—La espero fuera —dije, abriendo la puerta vidriera—. Antes comprobará que no hay nada raro en torno a este edificio...

Salí a comprobar que no hubiese peligro alguno en la escalera, el ascensor, el vestíbulo o la calle. Los patrulleros ya se habían marchado, ante la ausencia de víctima y agresores, y todo respiraba tranquilidad en los alrededores. La calle aparecía solitaria y silenciosa. Cynthia no tardó en reunirse conmigo, llevando su sombrero redondo y su ligero sobretodo y el bolso. Como si fuéramos al cine, vamos.

—Dejé mi coche en cierto lugar, a causa de una persecución que no me gustaba demasiado —expliqué a la joven, tomándola del brazo—. Vamos allá, a tomar un taxi.

Cruzamos dos manzanas de Wilshire. Tuvimos suerte. En la parada de taxis, frente a un local abierto toda la noche, encontramos a un taxista que ya había tomado un refrigerio y esperaba cliente. Le di la dirección de Bel Air y partimos en silencio.

Miré de reojo a mi compañera. Cynthia tenía bonitas piernas, a juzgar por lo que su falda permitía ver. Y era bonita e inteligente. Una buena secretaria, después de todo. Ella descubrió mi mirada y me sonrió.

—¿Por qué me mira, jefe? —quiso saber.

—Por nada especial —moví la cabeza—. Empiezo a sentirme satisfecho de mi nueva secretaria, eso es todos.

—¿Ha tenido muchas antes que yo?

Reí, negando con la cabeza.

—Es mi primera experiencia como detective privado —expliqué—. Antes he sido policía y unas cuantas cosas más, empezando por camarero de restaurante. Mi vida está llena de contrasentidos, Cynthia.

—No ha tenido mucha fortuna para ser éste su primer caso —me hizo notar.

—No, no demasiada. Es un caso que me reporta beneficios, eso sí. Pero condenadamente raro. Ningún detective de esos que salen en el cine reciben a un primer cliente que está condenado a morir a las pocas horas y que tiene el capricho de irse al otro mundo sabiendo quien le liquidó. Es de película, pero a nadie le sucedió hasta ahora, maldita sea, y tuvo que ser a mí.

—¿Cree que dará buen fin al asunto?

—¿Cómo voy a saberlo? Usted, mejor que nadie, sabe en qué atolladero estoy metido. Faltando el motivo del crimen, yo diría que nadie tiene interés en matar a Loomish. Pero la verdad es que éste está muriéndose lenta e implacablemente, con un veneno letal en sus venas. ¿Por qué? ¿Quién? ¿Dónde y cuándo? Demasiadas preguntas sin respuesta, Cynthia.

—¿Tendrá Karin West alguna de esas preguntas? —dudó ella, arqueando sus cejas.

—La verdad, lo ignoro. Pero sigo pensando algo: ella es la clave de todo. Todo gira en torno a esa misteriosa muchacha que está asustada por algo o por alguien y que se esconde en todo momento donde puede, para no ser encontrada. ¿Pero por quién no desea ser encontrada? ¿Qué ha ocurrido desde anoche a hoy, para que haya cambiado tanto de idea?

—Quizás tiene miedo a esa mujer que la arrojó a la piscina en la fiesta...

—¿Melba Pershing? —Unos senos duros y firmes, un muslo cálido y una boca sensual e invitadora, acudieron a mi mente, con la nota cenicienta de su pelo rubio. Me encogí de hombros—. Es posible. Pero Melba Pershing no parece una asesina, aunque su acompañante y guardaespaldas vaya armado y tenga pinta de gigoló. Por otro lado, ella asegura que Karin West hacía víctima de chantaje a su marido. En cierto modo, también ella es ahora cliente mía.

—Eso todavía lo embrolla más, ¿no es cierto? —suspiró Cynthia.

—Sí —mascullé con irritación—. Demasiado, créame. Todo viene a embrollar a cada momento Con más intensidad el maldito asunto que tengo entre manos.

No hablamos más por el camino. El taxi Se detuvo en la urbanización Beverly View, de reciente edificación, justo frente al *bungalow* 2040. No había luces visibles en él. Un pequeño jardincillo y una valla de madera pintada de color crema, rodeaba la pequeña pero coquetona y atractiva vivienda. El sendero que conducía a su porche estaba hecho de baldosas amarillas, como el camino de El Mago de Oz.

—Ahí es —dije, acariciando la culata fría y redondeada de mi revólver calibre 38—. Vamos allá, Cynthia. Usted venga tras de mí. No se aparte en ningún momento. Nunca se sabe si una llamada es una petición de auxilio..., o una trampa.

Cynthia asintió en la quieta oscuridad del lugar. El taxi se alejó colina abajo, tras advertir yo que había una cabina telefónica cercana desde la cual se podía pedir en cualquier momento un taxi para el regreso.

—Nos acercamos al *bungalow*. En los alrededores no advertí presencia sospechosa alguna, ni personas ni coches. Muchos de los *bungalows* inmediatos aún mostraban rendijas de luz tras los postigos cerrados. En alguno, sonaba un televisor a regular potencia.

Abrir la puerta de la valla era juego de niños. Lo hice y nos adentramos en el jardín. Yo llevaba mi revólver en la mano, dispuesto a todo. No quería correr más riesgos de los absolutamente necesarios.

Pulsé el timbre de la puerta, mientras Cynthia se pegaba a mí, transmitiéndome el calor de su propio cuerpo, ligeramente rígido. No acudió nadie a abrir. Llamé de nuevo. Dentro de la casa, capté el zumbido del llamador eléctrico, pero siguió sin franquearnos nadie el paso, ni mostrar señales de vida tras la puerta cerrada.

Alargué la mano, pensativo, probando el tirador de la misma. Para mi sorpresa, éste giró, y la puerta cedió, sin producir ni un chirrido. Estaba abierta.

Volvimos a mirarnos mi secretaria y yo. Aquello no me gustaba. Note la presión de sus dedos en mi brazo. La punta de uno de sus

jóvenes pechos presionaba mi torso. Era un contacto duro y turgente.

—Hay que entrar —dije roncamente. Póngase tras de mí, Cynthia.

Ella asintió obedeciéndome. Abrí la hoja de madera un poco más. Mire al interior. Todo estaba a oscuras. Creí captar en alguna parte un roce de algo, pero no estuve seguro de ello. A nuestras espaldas, el aire olía a azaleas y a geranios.

Dentro de la casa, hubiera jurado que olía a peligro. Y a algo peor.

Avanzamos en la sombra, por un pequeño recibidor. Después venía un arco con una cortina, unos escalones, y un amplio *living*. Se filtraba luz del jardín por una vidriera a medio abrir, al fondo. Ahora los ojos se habían habituado a la poca luz, y pude captar los detalles con mayor precisión. Bajé con cautela los peldaños, ayudando a mi secretaria a hacer lo mismo. Pisé el *living* enmoquetado. Mi pierna golpeó la pata de un muebles En alguna parte de la casa hubo un chasquido y un roce. Esta vez sí estaba seguro.

Presione ligeramente el gatillo del arma. Estaba a punto para disparar.

Bruscamente, alargué un brazo y tras tantear en el muro, presioné un botón. Se encendió la luz. Fue tan súbita la claridad, que Cynthia dio un leve grito.

Y nos quedamos allí plantados, rígidos, con la mirada todavía deslumbrante por la repentina iluminación del *living*, contemplando a Karin West.

Estaba en medio del *living*. Muerta. Alguien le había clavado varias balas en el cuerpo, terminando con su vida. Los ojos vidriosos me miraban sin ver.

Al fondo de la casa, en otra habitación, capté un ruido de pasos rápidos. Le grité sordamente una advertencia a Cynthia, para que no se moviese de allí, y corrí a esa habitación. Era una cocina con puerta trasera al jardín posterior del *bungalow*.

Alguien estaba abriendo esa puerta para escapar. Grité, apuntando a sus espaldas:

—¡Alto! ¡Un paso más, y disparo! ¡No se mueva de ahí!

Un rostro asustado se volvió hacia mí. La claridad procedente

del *living* hirió sus facciones, pálidas e inconfundibles.

Me encontré ante el bonito rostro y la mirada azul de Melody Benson, la modelo amiga de Karin West.

CAPÍTULO VIII

El teniente Garfield Donnelly, de la Brigada de Homicidios de la ciudad de Los Angeles, era un hombre rudo, macizo, de anchas espaldas, cuello de toro, manos grandes y rostro vulgar, en el que brillaban dos ojillos grises, duros y penetrantes. No debía de ser un prodigio de sutileza, pero tampoco era un tonto.

Escuchó mi historia con expresión ceñuda, hizo sus anotaciones, mientras sus hombres recorrían el *bungalow* tomando medidas, huellas y todas esas cosas que los técnicos de la policía hacen en tales casos, y varias veces miro al bulto que formaba el cuerpo de la infortunada Karin West bajo la sábana, hasta que llegó una ambulancia y se llevó el cadáver de allí, tras ser fotografiado desde todos los ángulos posibles.

Mientras el aullido de la ambulancia se perdía en la noche, hacia la Morgue, yo miraba tristemente el trazado de tiza que marcaba su posición final sobre la moqueta, las oscuras y siniestras manchas de su sangre en torno, y finalmente la presencia de aquel pálido y bello fantasma que era Melody Benson, confortada y atendida en todo momento con encomiable diligencia por mi secretaria Cynthia.

—Muy bien, Moran —el teniente Donnelly me contempló ceñudo, tras saberlo todo—. De modo que para iniciar su profesión, no se le ocurre otra cosa que aceptar el caso de un hombre enfermo por la acción de un veneno mortal, sin avisarnos a nosotros de ello, y encuentra un cadáver cuando venía a interrogar a un testigo. ¿Estoy en lo cierto?

—Más o menos, sí, teniente —admití.

—Mire, Moran, le he conocido en el Cuerpo, como policía, antes de dedicarse a esta tontería de las investigaciones privadas y usted sabía muy bien que los asuntos de homicidio no entran dentro de la

jurisdicción de un detective particular, salvo en las malas películas. La realidad es muy otra, y usted estaba en la obligación, como ciudadano y como detective, de informar directamente a la policía y no hacerse cargo de este asunto.

—Quizá teniente, pero era un caso tan extraño... Ese hombre, Loomish, fue a ustedes con su relato y no le hicieron el menor caso... Se limitaron a internarle en un hospital.

—Yo no he recibido informe alguno de tal caso, pero la investigaré —prometió, anotando algo más—. ¿Sabe a qué centro hospitalario de la ciudad fue enviado Loomish para su análisis y diagnóstico?

—No, no creo que lo dijera.

—Está bien. Será como buscar una aguja en un pajar —resopló el policía—. En cuanto a esto, menos mal que se le ocurrió llamarnos al descubrir el cadáver de la chica.

—No podía hacer otra cosa. El asunto ha rebasado ya mis limitaciones, teniente.

—Eso debió pensarlo antes de aceptarlo, Moran. Trataré de arreglar esto, pero si el capitán se entera de ello, puede que le quite la licencia.

—Sería un infortunio empezar y terminar tan pronto una profesión —me quejé.

—Oh, Moran, usted debió seguir en la policía y dejarse de complicaciones así —rezongó el oficial, dando paseos por la estancia. Miró un momento a Melody, se volvió a mí y añadió, algo brusco: ¿Usted se cree lo que ha contado esa chica?

—Ella afirma que cuando llegó al *bungalow*, su amiga ya estaba muerta —asentí—. La había llamado. Tardó algo en acudir y cuando lo hizo, todo había sucedido.

—¿Supone usted que dice la verdad?

—Parece lo bastante asustada para decirla —miré a la muchacha con una vaga sonrisa de aliento—. Karin parecía muy asustada cuando me llamó. No es raro que recurriese también a su mejor amiga y compañera.

—Fue así, lo juro —susurró Melody Benson, mordiéndose el labio inferior, con lágrimas cuajadas en sus ojos—. Cuando llegué, todo estaba tal como Moran lo encontró. Excepto que había luz en el *living*. Vi a Karin muerta, sentí terror, angustia... y entonces oí

pisadas en la parte trasera del jardín. Me asomé a la vidriera y vi la silueta d un hombre, saltando la cerca posterior.

—Pero no pudo reconocerle —gruñó Donnelly.

—No, había muy poca luz para conseguirlo. Pero era un hombre, o al menos vestía como tal y tenía agilidad suficiente. Le vi desaparecer enseguida, volví al *living*, por si podía hacer algo por Karin, aunque el miedo me atenazaba y entonces, para mi terror, se detuvo ahí fuera un coche.

Apagué' la

luz, sin saber lo que hacía, pensando que eso impediría que acudiese alguien, y me oculté. Al entrar aquí Moran y su secretaria, como ignoraba de quiénes se trataba, intenté escapar... y él me cazó. Es todo lo que sé, teniente.

—Está bien, señorita Benson. Será interrogada oficialmente en mis oficinas, para que firme su declaración. Y usted también, Moran, lo mismo que su secretaria.

—Pero teniente, tengo que trabajar por mi cliente —me quejé—. Y ya es tan tarde...

—Déme el teléfono de su cliente —me pidió con hosquedad.

—Teniente Donnelly, eso no sería ético en un investigador y...

—¿Quiere darme su número, Moran, o le quito la licencia? —tronó su voz.

—Está bien —resoplé. Y le di el número que me facilitara Loomish—. Ése es.

Donnelly fue resueltamente al teléfono y marcó ese número. Escucho un rato. Al colgar, mostraba su malhumor.

—El contestador automático —dijo—. No hay nadie en ese lugar. Por cierto, que el señor Loomish tiene un gran sentido del humor aun en sus actuales circunstancias: ha dejado grabado en el cementerio que los recados para mañana se los pasen a su sepultura del cementerio de San Gabriel...

No sentí ganas de reír, ciertamente. Pero el gesto del teniente era realmente divertido en ese momento. Lo peor es que insistió en que fuéramos con él a su departamento, y cuando terminamos de declarar y firmamos, eran ya las dos y media de la mañana.

Salimos a la calle. Estaban regando el asfalto de la ciudad. Faltaban poco más de seis horas para que a Dustin Loomish le llegase la muerte. Karin West había muerto asesinada, y yo seguía

tan a oscuras como al principio. Y con mi licencia en el aire.

En fin, una verdadera maravilla para ser el primer caso de un detective privado.

—¿Por qué no se acuesta, jefe?

—No puedo, Cynthia. Sería una indignidad, algo que mi cliente no merece. En alguna parte, él se oculta ahora de todos, muriendo lentamente, sin querer que policías ni médicos le encierren en una estancia para esperar el fin. Confía en mí, me pagó por ello. Es justo que haga lo que tengo que hacer. Si pierdo mi primer caso, si me doy por vencido cuando aún es tiempo, será mejor que devuelva esa maldita licencia y me dedique a vender electrodomésticos a domicilio.

—Sería una labor mucho más tranquila y saludable —suspiró Cynthia Barnes, moviendo la cabeza con desaliento al poner ante mí otra taza de café, en la tranquila intimidad de mi oficina. Ya son las tres de la mañana pasadas. ¿Qué espera conseguir en sólo cinco o seis horas?

—No lo sé. Pero no he perdido la esperanza. Ahora sé, cuando menos, que mi corazonada no era errónea. Karin West era la clave de todo. Por eso la han matado. La misma persona que envenenó a mi cliente, vació sobre ella su arma silenciosa, eliminándola. Ahora, Karin ya no podrá contar a nadie lo que sabía.

—¿Y qué es lo que sabía?

—Que me ahorquen si tengo la menor idea —refunfuñé—. Pero sea lo que sea, Nesbitt también lo sabe, y está tan asustada como ella. Se oculta igual que una comadreja.

—No confiará en que también él utilice ese teléfono para citarle —murmuró mi secretaria con escepticismo, tomando un sorbo de su propio café.

—No, no espero tanto. Y, sin embargo, ese pobre diablo debe tener pocos sitios adonde ir ahora, poca gente a quien dirigirse en demanda de ayuda. Si sabe ya lo ocurrido, debe sentirse desesperado, acorralado. Y un hombre en esas circunstancias, es capaz de cualquier cosa.

—¿No cree que él haya sido el asesino? Melody Benson dice que vio huir a un hombre de aquel *bungalow*...

—No creo que él matase a Karin. Sea lo que sea lo que la asustaba a ella, le causaba a él idéntico terror. Estaban metidos

ambos hasta el cuello en algo sucio y peligroso, me consta. Algo suficiente como para inducir a una persona a matar...

Cynthia no comentó nada. Yo tomé mi café de un trago, fui al teléfono y llamé al número de Loomish. Como le ocurriera al teniente Donnelly, me contestó una grabación con su voz, bromeando sobre la sepultura de San Gabriel. Colgué, marcando otro número. Esta vez, la áspera voz del teniente Donnelly, de Homicidios, sonó al otro extremo de la línea.

—Soy Moran —le dije—. ¿Algo nuevo, teniente?

—No, maldita sea. Y aunque lo hubiera, no tendría por qué decírselo a usted.

—Quería saber si localizó ya el hospital donde Loomish se hizo el análisis, y si los médicos le han dado alguna esperanza sobre su posible estado actual...

—Seguimos en eso, Moran. Hasta el momento, ninguno de los hospitales y centros médicos importantes de Los Angeles han detectado tal hecho ni figura en sus ingresos ningún Dustin Loomish.

—Quizá fuese a una clínica privada —sugerí.

—Ya lo he pensado —gruñó mi interlocutor—. Estamos ahora en eso. ¿Qué diablos hace usted levantado a estas horas? En su estado actual, más le valdría dormir.

—Me temo que no pueda hacer tal cosa hasta que Loomish haya muerto... —O hasta que su asesino esté desenmascarado, teniente.

—Allá usted. Pero no se meta en más líos. Es un buen consejo de amigo y viejo colega. Su licencia pende de un hilo, no lo olvide.

—Procuraré no olvidarlo —murmuré, colgando el teléfono.

Me quedé pensativo, contemplando el aparato telefónico. Una idea confusa y lejana me barruntaba el cerebro, sin tomar forma concreta. Cuando pareció adquirirla realmente, casi me asusto.

—Oh, no cielos, —rezongué, hablando conmigo mismo—. Eso no es posible...

—¿Qué no es posible, jefe? —se interesó Cynthia.

—No, nada. Una tontería que me había pasado por la cabeza. Nada sensato.

Casi pegamos un respingo los dos cuando sonó el timbre de la puerta. Tuve que mirar de nuevo mi reloj para cerciorarme de que, realmente, eran los tres y pico de la mañana. A estas horas, ninguna

oficina funciona normalmente, ni nadie llama a ellas.

Pero en mi puerta estaban llamando de nuevo. Insistentemente. Por segunda vez.

—¿Quién diablos puede...? —Comencé, sorprendido, buscando el frío contacto de mi revólver. —Tenga cuidado— susurró Cynthia, ligeramente pálida y alterada—. Puede ser... el asesino.

—Ya lo he pensado —asentí—. Usted métase en mi despacho, Cynthia. Yo iré a ver quién es.

—Pero yo soy su secretaria, y la persona que está obligada a...

—Obligada a nada —corté bruscamente—. Éstas no son horas de oficina. Yo abriré.

Ella pareció darse por vencida. Se encogió de hombros, yendo hacia mi despacho. Yo caminé hacia la entrada a mi oficina, sujetando con firmeza el revólver. Vi horrorosamente una silueta recortándose tras el esmeril del vidrio de la puerta. Resultaba irreconocible.

Me decidí a abrir. Pero antes apunté con mi revólver hacia allí. Tiré bruscamente del pomo, tras girar el pestillo.

El hombre que permanecía en pie en el corredor oscuro me resultó vagamente conocido a la claridad de mi oficina. El vivo recuerdo de un golpe brutal en la nuca, me asaltó como un fogonazo.

—¡Nesbitt! —mascullé asombrado—. ¡Robin Nesbitt! Es usted mismo...

—Sí Moran —jadeó él—. Siento lo que hice. Entonces creí que era un enemigo. Acabo de enterarme de lo de la pobre Karin. Dios mío, tiene que ayudarle. Le... le contaré todo. Le explicaré con detalles lo que sucede. Tiene que protegerme la vida, o terminaré igual que ella. Ése... ese hombre no tendrá piedad de mí, seguro...

—¿Qué hombre? —le interpele rudamente, sin la menor simpatía.

—Por el amor de Dios, déjeme entrar. Hablaremos con calma. Traigo algo conmigo, algo que podrá usted escuchar y...

Lo único que escuché en esos momentos fueron tres taponazos, tres secos y ásperos chasquidos en alguna parte de la oscura escalera... y los ojos de Nesbitt se desorbitaron, mientras comenzaba a caer lentamente hacia mí. Una bocanada de sangre

escapó de pronto de sus labios, y le oí jadear:

—Dios mío... Me... alcanzaron.

Tuve el tiempo justo de tirarme al suelo, a costa de un trallazo de dolor en mi herido costado. Otra bala arrancó esquirlas de madera del quicio de la puerta, donde yo estaba poco antes, mientras un cuarto taponazo sonaba siniestramente en el rellano. A mi lado, cayó pesadamente el cuerpo de Nesbitt. Vi la sangre empapando su espalda. Tenía tres orificios a la altura de sus pulmones. Su estertor me reveló que le quedaba poca vida.

Dudé entre atenderle o buscar al agresor. Disparé mi revolver, que trono espantosamente en el vacío edificio de oficinas. La bala maulló al rebotar en algo metálico. Unas rápidas pisadas, escaleras abajo, me revelaron que el asesino huía.

Corrí al ascensor, comprobando que la cabina estaba en la planta baja. Hacerla subir, descender con ella y todo eso, me harían perder definitivamente al agresor. Opté por correr en pos suyo escaleras abajo, amartillando mi revolver. Me llevaba piso y medio de ventaja y corría a bastante velocidad, mientras mi herida me hacía a mí, cojear levemente, perdiendo un tiempo precioso. Estaba ya en el primer piso, sin embargo, cuando oí el sonido de la puerta del edificio. Cuando estaba alcanzando la planta baja, un coche rugió en la calle, alejándose a toda velocidad en la noche.

Al pisar la acera, supe que todo estaba perdido. El misterioso tirador había escapado. Ya no se veía ni rastro de su automóvil. Regrese abatido a mi oficina.

Cynthia estaba temerariamente fuera, arrodillada junto al caído. Éste se hallaba inmóvil ya. Busqué en vano su pulso o su aliento. Robin Nesbitt, el representante y amigo de Karin West, estaba muerto. En la mano de Cynthia, descubrí algo que, sin duda, había encontrado en los bolsillos del muerto. Lo contemple, quitándoselo de los dedos.

—¿Qué es eso? —demandé.

—No sé —murmuró, todavía con aire aturdido—. Parece un magnetófono...

—Lo es —asentí, al examinarlo—. Un reproductor solamente. Tiene una cinta dentro.

Regresé al interior del despacho con ella. Puse el magnetófono sobre la mesa, y lo hice funcionar. Cynthia parecía asustada y

sorprendida a la vez.

—¿No... no va a llamar a la policía, jefe? —Vaciló.

—Después —dije con una mueca sarcástica—. Ya no hay prisa. Nesbitt está muerto, ¿no? Me gustaría oír lo que traía consigo...

El pequeño reproductor magnetofónico estaba empezando a sonar. Una voz conocida brotó del aparato. Me estremecí.

«Soy Karin West —dijo la voz—. Tal vez cuando alguien oiga mi voz aquí, yo esté ya muerta. Pero si ello sucede, quiero que mis asesinos paguen su crimen. Estoy muy asustada. Robin también, Es él quien me ha pedido que grabe esta cinta, por lo que pueda suceder. Creo que la enviaré a Maxwell Moran, ese detective privado. Confío en él, no sé por qué. Me parece un hombre honrado.

»—Quiero confesar aquí que no tengo culpa de nada. Nunca hice chantaje al señor Pershing y a su socio. Me enteré de todo casualmente. Es otra persona a quien no tengo por qué delatar aquí. Esa persona supo que Roger Pershing y su socio llevaban un sucio negocio de pornografía de altos vuelos, con prostitución de modelos, al margen de sus publicaciones legales, pero utilizando a muchas modelos de su empresa, así como fotógrafos y técnicos de plantilla, pagados con sueldos fabulosos. Al parecer el asunto de la prostitución de modelos había llegado a implicar en él a menores de edad y a exportar a determinados países mujeres jóvenes americanas, en un verdadero mercado sexual, en una trata de blancas muy sofisticada, en la que intervenían tanto su empresa editora y todos sus medios, como la empresa de su socio anónimo en tan vil negocio.

»—Ahora sé que me matarán por saber todo eso. No debiera haberme inmiscuido en asuntos tan turbios, pero eso no tiene ya remedio y, si es cierto que he de morir por saber demasiado, cuando menos que los responsables de mi muerte paguen por ella, si llega a darse tal circunstancia.

»—Por eso dejo esta grabación que puede ser la mejor acusación contra ellos, después de mi muerte. Ahora sé que aquel accidente de noche en la 405 estatal fue provocado, manipulado mi coche adecuadamente para matarme. Luego, el socio de Pershing vino para comprobar mi muerte. Yo entonces ignoraba su identidad, y confié en él, pero allí mismo me hubiera rematado, de no aparecer

el automóvil que se había detenido antes, atraído por mi accidente, cuya presencia y acompañamiento hasta la clínica, impidió que él pudiera cumplir su propósito. Después, cuando me llevó a la fiesta del palacete de Hollywood, tampoco tuvo ocasión de asesinarme, sólo porque Robin Nesbitt, mi representante, sospechando algo malo, acudió a la clínica del doctor Melville y nos acompañó hasta la fiesta, haciéndole imposible su criminal cometido. Más tarde, ya en esa fiesta, poco después del estúpido ataque de celos de la señora Pershing, Nesbitt me contó lo que temía, y yo comprendí lo cerca que había estado de morir, sin darme cuenta de ello.

—Por tanto, quiero que sepan toda la verdad, aunque ya haya muerto y ellos crean que mi testimonio no puede alcanzarles desde más allá de la tumba: yo, Karin West, acuso a Roger Pershing y a su socio, Dustin Loomish, de negocio de pornografía, prostitución y trata de blancas con menores de edad, así como de intento de asesinato en mi persona y en la de Robin Nesbitt, intento que tal vez cuando escuchen mi voz ya haya sido una triste y amarga realidad para nosotros».

—¡Dustin Loomish! —murmuré roncamente—. Mi cliente... Lo sabía. ¡Lo sabía! Es lo que me había parecido hace poco tan improbable...

—Veo que ya ha descubierto la verdad, Moran. Lo siento por usted. Eso le sentencia a morir lo mismo que ellos dos...

Me volví, sin tiempo para tomar mi revólver esta vez, Dustin Loomish, mi primer cliente, estaba en el umbral, apuntándome con una pistola automática provista de silenciador. Vi en su rostro burlón y frío que estaba dispuesto a apretar el gatillo en cualquier momento.

—No intente tomar su arma, Moran —me avisó Loomish, entrando en la oficina y cerrando con tranquilidad la puerta tras de sí—. No le daría tiempo a hacerlo, puede estar seguro.

Tragué saliva, comprendiendo lo desesperado de la situación. Sobre la mesa, la cinta grabada por Karin West iba desgranando acusaciones que ahora me aparecían ya nítidas y precisas, porque mi sospecha anterior, aquella confusa idea que de pronto me asaltara, se había confirmado trágicamente.

Nunca existió el veneno mortal ni su lenta acción en pocas horas. Todo era justamente lo que había parecido una farsa digna

de un mal telefilme. Loomish me había engañado con ese cuento fantástico, obligándome a hacer justamente lo que quería: encontrar a Karin West y a Robin Nesbitt para asesinarlos después.

Y yo, idiota de mí, había caído en la trampa como un perfecto cretino.

—Lo siento, Cynthia —murmuré, mirando a mi secretaria, que se mantenía sorprendentemente serena ante la crítica situación—. Creo que la he metido en un buen lío...

—Oh, no se preocupe, querido jefe —dijo ella, soltando una leve risita—. No tiene nada que temer por mí. Loomish no haría nunca daño a su propia amante, ¿no es cierto?

Dustin Loomish se echó a reír también, guiñándole un ojo a mi secretaria, para responder con tono jovial:

—No, claro que no, querida Carol. Lo has hecho muy bien, amor. El detective inexperto se trago el anzuelo sin recelar nada... como Nesbitt y Karin no llegaron a verte para poder decirle que *tú eras la enfermera Dekker*, que cuidó de ella en la clínica del doctor Melville...

Era lo que me faltaba por oír. Había sido burlado y utilizado por partida doble.

MI propia secretaria no era otra que C.

B. Dekker,

la enfermera del doctor Melville. Al menos, había conservado sus primeras iniciales. Y aun así yo había picado el anzuelo como un imbécil.

—Me tengo bien merecido esto —me quejé amargamente—. Mi primero y mi último caso... ¡Vaya detective privado que he estado hecho, maldito sea!...

Mis asesinos se rieron. Y Loomish, mi cliente y verdugo a la vez, se dispuso a volarme la cabeza tranquilamente, sin que nadie pudiera impedirlo.

CAPÍTULO IX

Cuando vi que su mano derecha estallaba en pedazos, salpicándolo todo de sangre, y que su grito de dolor coincidía con la exclamación de rabia y de ira de mi secretaria, supe que estaba salvado. Pero no entendí exactamente como.

Fue al ver al teniente Donnell cuando empecé a entender algo. Estaba plantado en la entrada de mi oficina, revólver en mano, y acababa de pulverizar la diestra de Loomish, haciendo volar su arma por los aires, totalmente inofensiva. Por la ventana, entraban asimismo dos agentes armados más, utilizando sin duda la escalera de incendios.

Cynthia trató de escapar, pero la retuvieron con un vivo forcejeo, esposándola.

Ella juró de un modo obsceno que no podía imaginar en sus labios, y se la llevaron, junto con Dustin Loomish, para quien el teniente requirió una ambulancia con urgencia.

Ambos me dirigieron miradas de odio antes de salir. Yo me limité a arrugar el ceño, pensando que no había sido precisamente el héroe de la aventura.

—Gracias, teniente —resoplé. Creo que le debo la vida...

—Por desgracia hemos llegado tarde. Veo que nadie podrá devolver ya la vida a Robin Nesbitt. ¿Por qué diablos no informó de eso?

—Creo que no me dieron tiempo entre una cosa y otra, teniente. De todos modos, no entiendo cómo pudo venir tan rápido desde su departamento. No hace mucho hablé con usted por teléfono...

—Existía un desvío de la línea, comunicando con el sótano de su propia casa —señaló hacia el suelo de mi oficina—. Habíamos bloqueado su teléfono por si establecía contacto con alguien, y yo

estaba aquí, revisando la línea. Me pasaron su llamada.

—¿Sospechaba de Dustin Loomish, teniente?

—Desde el principio. Su idea era absurda, copiada de algún viejo filme policiaco sin demasiada consistencia. Hablé con médicos especializados en Toxicología que me aseguraron que ningún veneno es tan lento como el que usted citaba. Eso, unido a que ninguna clínica ni hospital había atendido a Loomish de su extraño envenenamiento a plazo fijo, me hizo comprender que era usted objeto de un complot algo raro, encaminado sin duda a lo que era evidente: encontrar a Karin West y a Robin Nesbitt para asesinarles. Usted, involuntariamente, guiado por su propio celo profesional, les llevaría hasta ellos, facilitándoles las cosas.

—Me di cuenta de eso hace muy poco. Pero demasiado tarde para evitar que fuesen asesinados... Dios, pero ¿por qué no mataron a Karin cuando tuvieron ocasión, y sin esperar a que ella huyera y se ocultase junto a Nesbitt?

—Hemos hablado con el doctor Melville de eso. Loomish y Karin fueron a su clínica acompañados de un automovilista que, casualmente, pasaba por el lugar del accidente provocado para matarla, y que se unió a Loomish para conducirla a la clínica. No pudo, por tanto, llevar a cabo su crimen en el trayecto, pero la condujo a la clínica donde trabajaba de enfermera su amante, Carol B. Dekker, a quien usted conocía como Cynthia Barnes, su flamante secretaria.

—¿Y ella tampoco pudo asesinarla?

—Lo intentó, sin conseguirlo. Una simple inyección de aire en la vena era suficiente, pero el doctor Melville estuvo presente en todo momento, y no pudo hacerlo. Entonces pensaron en asesinarla camino de la fiesta, pero la llegada de Nesbitt, que insistió en regresar con ellos, les hizo renunciar de momento, pensando hacerlo durante la fiesta o cuando ésta terminase. Pero la llegada violenta de la señora Pershing y el brusco final de la reunión volvió a estropear sus planes. Luego, Nesbitt supo que el socio secreto de Pershing en un feo negocio de prostitución y trata de blancas con menores, era el propio Dustin Loomish, y tuvo miedo, obligando a Karin a ocultarse, y escondiéndose él al mismo tiempo, puesto que sabemos ahora que era el socio de Pershing en ese sucio negocio, era el propio Loomish, y Nesbitt lo había logrado averiguar

mientras chantajeaba al editor.

—Espero que ahora el editor Pershing también pague sus culpas, teniente.

—Ya las pagó. Cuando íbamos a arrestarlo, hace menos de una hora, se arrojó por una ventana, poniendo fin a su vida. Loomish y su amante, la enfermera Dekker, pagarán solos sus delitos, de eso no le quepa duda. Como ve, de algo ha servido usted en este caso, Moran, no se lamente demasiado. Si fue primero el cebo para dos asesinatos, después ha sido el cebo que yo utilicé para cazar a los asesinos. Sabía que, de un modo u otro, usted mismo me llevaría hasta ellos, como había conducido a ellos hasta sus víctimas.

—Me hace sentirme más idiota que nunca, teniente.

—Mi querido amigo, su profesión es más dura y difícil de lo que imagina —sonrió Donnelly de buen humor, dándome un palmetazo—. Y por otro lado, usted tiene otra cliente, la señora Pershing, a quien sí puede probar que resolvió el caso del chantaje. Dicen que es una dama que sabe agradecer con creces los favores que recibe...

—Tendré que comprobarlo —gruñí, pensativo—. Supongo, teniente, que el coche de Pershing era de color azul metálico... y mostaza el de Loomish.

—Acertó —me miró risueño—. ¿Ve como no es tan mal detective? ¿Cómo lo supo?

—Elemental —

rezongue',

burlándome de mi mismo—. Pershing quiso matarme, en vez de esperar pacientemente a que les condujese hasta sus víctimas. Y Loomish era quien me seguía por las calles, confiando en que le llevase hasta Karin y Nesbitt, mientras su amante permanecía aquí, cumpliendo su tarea cerca de mí, para avisar a su cómplice cuando fuese preciso. Fueron muy listos, la verdad. O yo muy tonto.

—Ni una cosa ni otra, Moran. La verdad es que le tocó un caso endiabladamente complicado para ser su bautismo de fuego en este trabajo. Le deseo más suerte en los siguientes, amigo mío. Y tenga mucho cuidado con su licencia. Si juega demasiado fuerte a espaldas de la policía puede quedarse sin ella cualquier día.

—Lo recordaré, teniente —prometí, tomando mi chaqueta con lentitud.

—¿Puedo llevarle a alguna parte, Moran? ¿Va a acostarse y

descansar por fin, ahora que sabe que no existía tal lucha contra reloj?

—No, maldita sea. Lléveme a casa de los Pershing, teniente. Antes de irme a dormir quisiera charlar un momento con mi otro cliente.

—Como quiera —rió el teniente—. Pero lo más fácil es que termine acostándose acompañado, muchacho. ¿Cree que resistirá esa prueba después del día que lleva?

—Creo que eso dependerá, en gran parte, de mi cliente.

—Entonces resistirá, seguro —soltó una carcajada, iniciando la marcha hacia el corredor, mientras sus hombres se ocupaban del difunto Nesbitt—. Dicen que esa dama, ahora viuda, tiene una fama terrible como devoradora de hombres...

No dije nada. Tal vez fuese cierto, O tal vez no.

Después de todo, yo no pensaba ahora en ella. Ni la señora Pershing significaría para mi mucho más que una breve aventura, aunque el teniente Donnelly tuviera razón y terminase durmiendo con ella esta madrugada.

Estaba pensando en otro bonito rostro de mujer, joven y dulce, de grandes y picaros ojos azules.

Al otro día, intentaría charlar un rato con Melody Benson e invitarla a alguna parte. Estaba seguro de que a su lado podría olvidar mi maldito primer caso como detective privado.

Y confiar en que los próximos no fuesen tan endiabladamente enredados y sucios.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: *No dispare contra mí* (José María Nunes, 1961); *Nuestro agente en Casablanca* (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del ISBN aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] Famosos detectives privados de la novela negra norteamericana. Marlowe es el personaje que popularizó Raymond Chandler, Sam Spade es el detective inmortalizado por Dashiell Hammelt (y en el cine por Humphrey Bogart), y Donald Lam y Bertha Cool. los dos detectives creación de A.A. Fair, seudónimo utilizado por Erle Stanley Gardner, creador del abogado Perry Mason para tratar a esos otros personajes suyos. (N. del A.). <<